

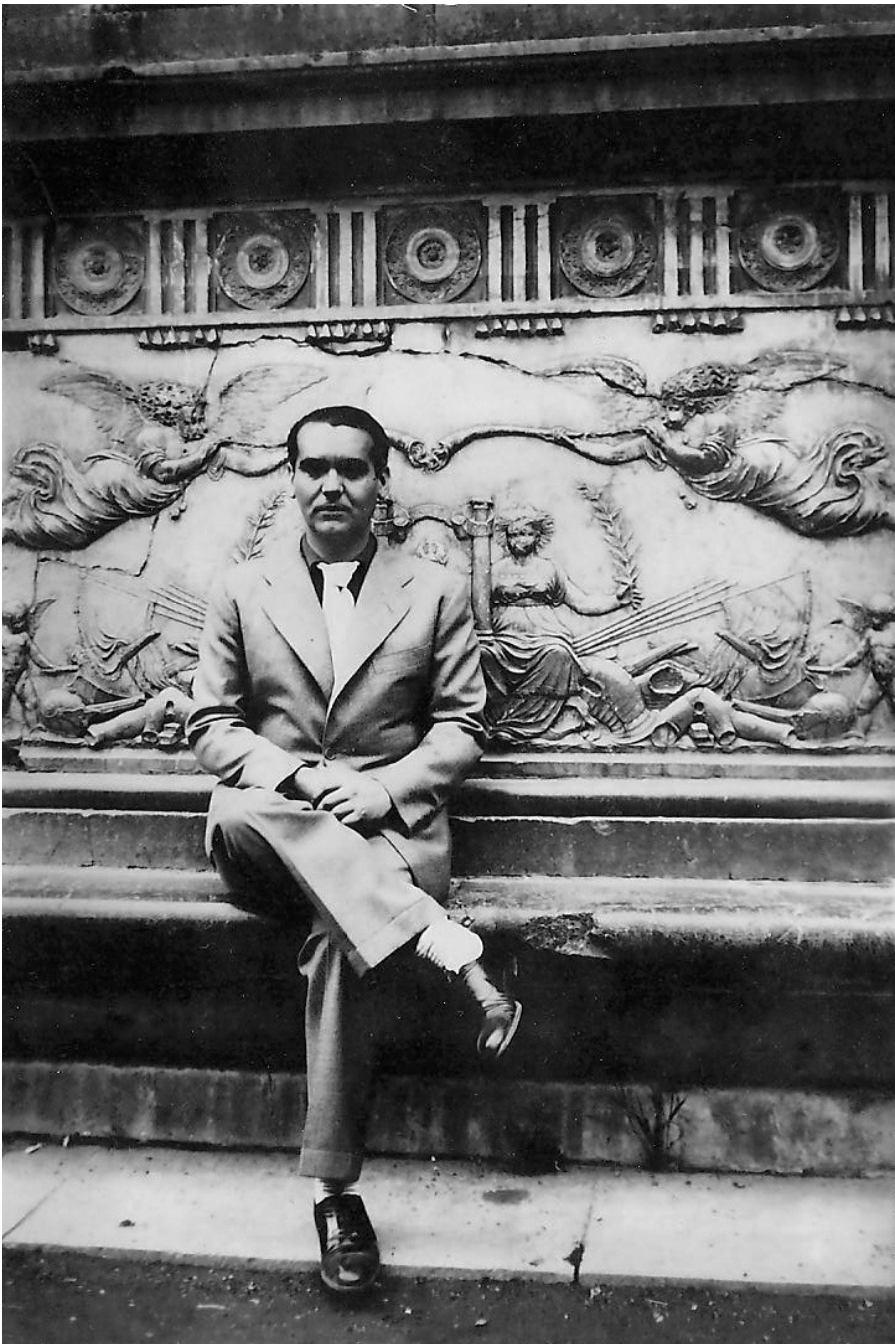


IAN  
GIBSON



F E D E R I C O  
G A R C Í A  
L O R C A

CRÍTICA



Federico García Lorca ante el palacio de Carlos V en la Alhambra (¿1935?). Cortesía de la Casa-Museo Federico García Lorca, Fuente Vaqueros (Granada).

IAN  
GIBSON



F E D E R I C O  
G A R C Í A  
L O R C A

CRÍTICA  
Barcelona

*A Carole, más que nunca*

Je me demande comment les gens peuvent écrire la vie des poètes, puisque les poètes eux-mêmes ne pourraient écrire leur propre vie. Il y a trop de mystères, trop de vrais mensonges, trop d'enchevêtrement.

JEAN COCTEAU, *Opium* (1930)

Sí, poeta es asomarse a las puertas del misterio y volver de él con una vislumbre de lo desconocido en los ojos.

RUBÉN DARÍO, *Semblanzas*

Porque yo no soy un poeta, ni un hombre, ni una hoja,  
pero sí un pulso herido que ronda las cosas del otro lado.

FEDERICO GARCÍA LORCA, «Poema doble  
del lago Eden»

Algo que también es primordial es respetar los propios instintos. El día en que deja uno de luchar contra sus instintos, ese día se ha aprendido a vivir.

FEDERICO GARCÍA LORCA, entrevista con Pablo Suero,  
*Noticias Gráficas*, Buenos Aires, 14 octubre 1933

Pero antes no sabías  
La realidad más honda de este mundo:  
El odio, el triste odio de los hombres,  
Que en ti señalar quiso  
Por el acero horrible su victoria,  
Con tu angustia postrera  
Bajo la luz tranquila de Granada,  
Distante entre cipreses y laureles,  
Y entre tus propias gentes  
Y por las mismas manos  
Que un día servilmente te halagaran.

LUIS CERNUDA, «A un poeta  
muerto (F. G. L.)»

## AGRADECIMIENTOS [1985]

Por «biografía autorizada» se suele entender, en el mundo de las letras anglosajonas, un estudio para cuya redacción los herederos del biografiado ponen los archivos completos de éste a disposición exclusiva de un autor que ellos aceptan como persona idónea para llevar a cabo la tarea que se propone. Quiero hacer constar que el libro presente no pertenece a tal categoría de obras: no he tenido acceso exclusivo al archivo de los herederos del poeta granadino ni han influido éstos, de manera alguna, en el enfoque de este trabajo, del cual soy el único responsable. Dicho esto, me apresuro a aclarar que nunca habría emprendido la labor de escribir una biografía de Lorca sin haber podido contar con el apoyo previo de su familia, apoyo que me fue amablemente garantizado por Isabel García Lorca en el verano de 1978. Radicado yo poco después en Madrid, la hermana del poeta, fiel a su palabra, puso a mi disposición cuantos manuscritos, cartas y otros papeles y documentos del archivo familiar iba solicitando ver durante mis investigaciones, además de aclararme numerosos puntos relacionados con la vida y obra de su hermano. A ella le expreso desde aquí mi sincera gratitud, que hago también extensiva a su sobrino Manuel Fernández-Montesinos García.

¿Cómo olvidar aquí a Francisco García Lorca y a su mujer, Laura de los Ríos, tristemente fallecidos? Tanto de Laura como de Francisco —pienso no sólo en mis conversaciones con éste sino, especialmente, en su libro póstumo *Federico y su mundo*, hecho posible gracias a la eficaz colaboración de su viuda y Mario Hernández— procede no poca información recogida en esta obra.

La lista de aquellos otros amigos, colegas, estudiosos, lorquistas y conocidos del poeta cuya aportación a este primer tomo de mi biografía ha sido, de una manera u otra, valiosa, es larguísima. El nombre de Marie Laffranque merece ocupar, sin duda, el puesto de honor: sin sus

extraordinarios trabajos sobre Lorca, es probable que nunca se me hubiera ocurrido la idea de escribir este libro. También es una obligación, así como un placer, expresar mi gratitud —que sienten todos los lorquistas— a Arturo del Hoyo por su magnífica labor pionera al compilar, ampliar y anotar, edición tras edición, las *Obras completas* de Lorca publicadas, a partir de 1954, por Aguilar, que a todos nos han servido de punto de partida para nuestras investigaciones. Eutimio Martín, autor de una importante tesis doctoral, todavía inédita, sobre los primeros escritos lorquianos, ha sido, entre tantos amigos, seguramente quien más me ha colmado de favores de todo tipo, entre ellos el de leer las pruebas compaginadas de este libro: a él mi profundo agradecimiento. Maribel Falla, heredera del gran compositor, me atendió siempre con generosidad, abriéndome el archivo de su tío, tan amorosamente conservado y clasificado. Lluís Permanyer fue, en Barcelona, el perfecto amigo, contestando mis cartas con una rapidez insólita por tierras hispanas. Tica Fernández-Montesinos García me alentó en mi labor, abriéndome importantes puertas, al igual que lo hizo Fina de Calderón. Francisco Giner de los Ríos y su esposa María Luisa me hicieron sentir mejor que nadie lo que había sido el espíritu que animaba el Instituto Escuela, hijo de la Institución Libre de Enseñanza. Isabel y Eduardo Carretero me evocaron, en numerosas conversaciones, el ambiente de la Granada de la preguerra. Y Ángel Carrasco y Ana Rodríguez Cortezo demostraron ser, en momentos para mí difíciles, amigos de verdad.

Entre los lorquistas —esta Internacional cada vez más nutrida—, además de a los ya mencionados, vaya mi gratitud especial, por su obra y su colaboración, a Andrew Anderson, André Belamich, José Luis Cano, Claude Couffon, Daniel Eisenberg, José Luis Franco Grande, Miguel García-Posada, Mario Hernández, Eulalia-Dolores de la Higuera, José Landeira Yrago —que, como el amigo señalado antes, tuvo la amabilidad de leer las pruebas compaginadas de este libro—, Piero Menarini, Helen Oppenheimer y Antonina Rodrigo. Que conste también mi aprecio por la labor de Christopher Maurer, cuya ordenación cronológica del epistolario de Lorca (tarea nada fácil), que sigue el precedente establecido por André Belamich, me ha sido sumamente útil.

El poeta Vicente Aleixandre, recientemente fallecido, con quien pasé horas inolvidables, me autorizó amablemente a reproducir el texto íntegro de su emocionante evocación de Lorca, publicada por vez primera en 1937.

El Instituto de Cooperación Iberoamericana me otorgó en 1980 una pequeña beca para sufragar algunos gastos relacionados con mis investigaciones, siendo entonces director de la casa José María Álvarez Romero. Fue un detalle que agradecí entonces y que no olvido ahora.

¿Me perdonarán las otras muchas personas con las que estoy en deuda —entre ellas, numerosos amigos— si sólo cito aquí sus nombres, sin especificar la naturaleza de su aportación a mi trabajo? Espero que sí, pues para hablar puntualmente de ésta en cada caso harían falta muchas páginas. Ruego asimismo a aquellos cuyo nombre olvide estampar a continuación que me disculpen: dados los muchos años que uno lleva indagando sobre Lorca y su mundo, es inevitable que se produzcan algunas lagunas.

Rafael Abella; Manuel del Águila Ortega; Francisca Aguirre; Rafael Alberti; Dámaso Alonso; Alberto Anabitarte; Manuel Ángeles Ortiz (†); Cayetano Aníbal; Archivo de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Fernando (hoy Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense); Antonio Arribas; Adoración Arroyo Cobos; Arxiu Històric de la Ciutat, Manresa; Peter G. Ashton; Marcelle Auclair (†); Enrique Azcoaga; Jesús Bal y Gay y Rosa García Ascot; Mariano Balaguer; Pío Ballesteros; Juan Antonio Bardem; Ángela Barrios; Antonio Barrios; José Luis Barros; José Bello; José Bergamín (†); Biblioteca General de la Universidad de Granada; Biblioteca Nacional de España; Eduardo Blanco Amor (†); Carlos Bousoño; Gerald Brenan; Andrew Budwig; José y María Fernanda Caballero; Antonio de Casas; Eduardo Castro; Josefina Cedillo; Miguel Cerón Rubio (†); Jacques Comincio-li; Miguel y Carola Condé; Evaristo y María Correal; Natalia Jiménez de Cossío (†); Falina Cristóbal; Manuel Chaves Ruiz; José Choín Castro; Ana María Dalí; Salvador Dalí; José Delgado Delgado; Nigel Dennis; Ernesto Dethorey; José Díaz; James Dickie; Gerardo Diego; Luis Domínguez Guilarte; Gervasio Elorza; Antonio Escudero; José Ángel Ezcurra; José Fernández Berchi; José Fernández Castro; Francisco García Majado; Isabel García Palacios; María García Palacios (†); Clotilde García Picossi; Federico García Ríos (†); Alfonso García Valdecasas; J. M. Gasol; Julia Gómez Arboleja; Emilio Gómez Orbaneja; María Luisa González, viuda de Vicéns; Luis González Arboleja; Antonio González Herranz; Jaime Gorospe; Félix Grande; Helen Grant; Caritat Grau Sala, viuda de Gasch; Günter y Susanna Grossbach; José Luis Guerrero; Jorge Guillén (†); Cristóbal Halffter; Ernesto Halffter;

Hemeroteca de la Casa de los Tiros, Granada; Hemeroteca Municipal de Madrid; David Henn; Francisco Hernández; Gloria Ibáñez; Institut Municipal d'Història, Barcelona; Antonio Jiménez Blanco; Paz Jiménez Encina, viuda de Marquina; Enrique Jiménez Maicas; José Jiménez Rosado; Rafael Jofré García (†); José Ladrón de Guevara; Ignacio Lassaletta; Manuel López Banús; Pilar López Júlvez; Juan de Loxa; María José Lozano; Cristino Mallo; Maruja Mallo; Antonio Manjón-Cabeza Sánchez; Francisco Martín; Jacinto Martín; Ángel Mateos; Miguel Molina Campuzano; Charles Montagu-Evans; Francisco Montes Valero; José María Moreiro; Carlos Olmos; Santiago Ontañón; Manuel Orozco Díaz; Ernesto Ortega Lupiáñez; Matilde Palacios García; Mariano Peña; Juan Pérez de Ayala; Antonio Pérez Férez; Antonio Pérez Funes (†); Adoración Pérez García; Editorial Planeta (laboratorio fotográfico); Gonzalo Pontón; Manuel Rivera; Manuel Robles; Antonio Rodrigo; José Rodríguez Contreras (†); Antonio Rodríguez Valdivieso; Eduardo Rodríguez Valdivieso; Manuel Romero Olabarrieta; Luis Rosales; José Antonio Rubio Sacristán; José Ruiz-Castillo; Arturo Sáenz de la Calzada; Luis Sáenz de la Calzada; Regino Sainz de la Maza (†); Melchor Saiz Pardo; Clara Sancha, viuda de Alberto Sánchez; Alcaín Sánchez; Juan Pedro Sánchez; Rafael Sánchez Ventura (†); Rafael Santos Torroella; Andrés Segovia; Leslie Sheil; Sanford y Helen Shepard; Jaume Sobrequés; Ramón Sol; Margarita Ucelay; María del Reposo Urquía; Rafael Utrera; Agustín Valdivieso; Pilar Varela; Roger Walker; Anthony Watson; Jane Wellesley; His Grace the Duke of Wellington; John Wolfers; y también Miguel Ángel Furones, James Hourihan, William Layton, Robert McCrum y Padraic Collins.

Finalmente, para cerrar esta larga relación, quiero dejar constancia de la paciencia con la cual mis hijos Tracey y Dominic me han aguantado durante tantos años de investigaciones lorquianas, y, concretamente, mientras trabajaba en este libro; libro que, sin la fe y el apoyo constante de mi mujer, a quien va dedicado, jamás habría visto la luz.

## AGRADECIMIENTOS [1987]

Esta lista de agradecimientos es forzosamente incompleta, ya que sería imposible recordar a todos los que me han ayudado en unas investigaciones que han durado más de veinte años. Además, he decidido no reproducir aquí los nombres ya mencionados en mis libros sobre la muerte del poeta, donde podrá encontrarlos el lector interesado.

Quisiera repetir lo que dije al principio del primer tomo de esta biografía: que sin la labor de otros numerosos investigadores —y especialmente de Marie Laffranque— me hubiera sido difícil, tal vez imposible, llevar a cabo mi tarea. Soy muy consciente de que este libro está en deuda con muchísima gente y de que, en cierto modo, es una obra colectiva.

¿Cómo decidir entre la relativa importancia de las aportaciones hechas a mi trabajo por tantas personas? Sería una tarea ingrata, además de imposible. Por ello, después de los agradecimientos a las instituciones, he decidido poner todos estos nombres juntos en orden alfabético. Espero no ofender con ello a nadie.

La investigación de la cual es resultado el presente tomo ha sido muy costosa económicamente, y no hubiera sido factible sin el apoyo de varias entidades. Además de la editorial Grijalbo, que ha atendido estoicamente mis frecuentes peticiones monetarias, me han ayudado generosamente con becas y bolsas de viaje el Comité Conjunto Hispano-Norteamericano para la Cooperación Cultural y Educativa, el Instituto de Cooperación Iberoamericana, la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, el Ministerio de Asuntos Exteriores, la Unión de Escritores y Artistas Cubanos y, a través de la Irish National Commission, la UNESCO Participation Programme 1984-1985. También debo un agradecimiento muy especial a Siemens, S. A., y a Baldur Oberhauser, que, con el asombroso regalo de un ordenador —conocido familiarmente con el nombre de *Horacio*—, aligeraron

enormemente mi trabajo y hasta me salvaron muchas veces de la desesperación.

Mi querido amigo Eutimio Martín, lorquista de pro, ha tenido la amabilidad de leer las galeradas del libro y de señalar, con su discreción habitual, además de erratas e imperfecciones estilísticas, algunas deficiencias del texto. Por su constante respaldo desde que emprendí mi tarea biográfica le debo a este generoso palentino más de lo que pudiera expresar aquí.

¿Y cómo no dar las gracias a todos los que, durante años, me han sacado cientos de libros y de periódicos de las distintas bibliotecas y hemerotecas donde he tenido el privilegio de trabajar? Vaya mi más sincero reconocimiento al personal de la Biblioteca Nacional de Madrid; de la Casa de l'Ardiaca, Barcelona; de la Casa de los Tiros, Granada; y de la Hemeroteca Municipal de Madrid.

A todos los siguientes —entre ellos ya demasiados muertos— y a los que he olvidado sin querer, mi más sincera gratitud:

Sam Abrams; Francisca Aguirre; Rafael Alberti; Antonio y María Alcaraz; Vicente Aleixandre (†); José María Alfaro; Javier Alfaya; Dámaso Alonso; Frederic Amat; José Amorós; Andrew Anderson; Juan Benito Arguelles; José Arco Arroyo; Antón Arrufat; Marcelle Auclair (†); Enrique Azcoaga (†); María Teresa Babín; Jesús Bal y Gay; Pío Ballesteros; Miguel Barnet; André Belamich; José Bergamín (†); Ciro Bianchi Ross; Enrique Blanco; Eduardo Blanco-Amor (†); Norah Borges; José y María Fernanda Caballero; Lidia Cabrera; Fina de Calderón; Antonio Campoamor; José Luis Cano; Francisco Caracuel; Eduardo Carretero; Antonio Carrizo; Emilio Casares Rodicio; Manuel Castilla Blanco; José Miguel Castillo Higuera; Josefina Cerdillo; Arturo Cuadrado Moure; Bernardo Cuadrado Moure; Philip Cummings; Dardo Cunio; Alvaro Custodio; Manuel Chapa; Salvador Dalí; Santiago Delgado; José Delgado Delgado; Nigel Dennis; José Díaz; James Dickie; Gerardo Diego (†); Francisco Javier Díez de Revenga; Elizabeth Disney; Luis Domínguez Guilarte; Jorge Guillén (†); Ernesto Durán (†); Fernando de Elizalde; Lidia Espasande; María Luisa Díez-Canedo de Giner; José Luis Fajardo; Jorge Feinsilber; Carlos Fernández; José Fernández Castro; Manuel Fernández-Montesinos García; J. V. Foix (†); José Luis Franco Grande; Miguel Ángel Furones; David Galadí Enríquez; José Carlos Gallardo; Rosa García Ascot; María del Carmen García Lasgoity; Francisco García Lorca

(†); Isabel García Lorca; Francisco García Majado; Juan García Morcillo; Juan Gil-Albert; Ernesto Giménez Caballero; Francisco Giner de los Ríos; Nigel Glendinning; José Antonio Gómez Marín; Alejandro González Acosta; Antonio González Herranz; Pedro Miguel González Quijano; Félix Grande; Helen Grant; Emilio Gómez Orbaneja; José Gudiol (†); Ernesto Guerra da Cal; Alfonso Guilabert Pedrero; Campbell Hackforth-Jones; David Henn; Mario Hernández; Miguel Hernández Sola; Eulalia-Dolores de la Higuera Rojas; Modesto Higuera (†); Arturo del Hoyo; Rafael Inglada; José María Izquierdo Bertiz; Jesús Izquierdo Corralero; José Jiménez Rosado; Allen Josephs; José Jover Tripaldi; Richard Kidwell; José Landeira Yrago; William Layton; Manuel y Mercedes López Banús; Pilar López Júlvez; José López Rubio; Juan de Loxa; Dulce María Loynaz; William Lyon; Antonio Manjón; Manuel Marín Forero; Agenor Martí; Francisco Martín; José Martín Jiménez; Luis Martínez Cuitiño; Pedro Massa; Blas Matamoros; Ángel Mateos; Christopher Maurer; Mary McCarthy; Piero Menarini; Gonzalo Menéndez Pidal; Antonio Mendoza Lafuente (†); Thomas Middleton; César Antonio Molina; Ricardo Molinari; Maricarmen Montero; Francisco Moreno Gómez; Roger Mortimore; Mary Carmen Muñoz; Ricardo Muñoz Suay; Santiago Ontañón; Manuel Orozco; Roberto Otero; Mariano de Paco; Fernando Pajares; Josep Palau i Fabre; Moisés Pérez Coterillo; Juan Antonio Pérez Millán; Lluís Permanyer; Antoni Pitxot; Gonzalo Pontón; Ana María Prados; Jesús Prados Arrarte (†); Orlando Quiroga; Antonio Ramos Espejo; Manuel Ravina Martín; Juan Reforzo Membrives; Alvaro Restrepo; Sebastián Riera; Laura de los Ríos de García Lorca (†); Enrique de Rivas; Pablo Robredo; Antonina Rodrigo; Tomás Rodríguez Rapún; José Rodríguez Contreras (†); Eduardo Rodríguez Valdivieso; Isabel Roldán García (†); Alfredo Rollano; Luis Rosales Camacho; José Antonio Rubio Sacristán; Arturo Ruiz-Castillo Basala; José Ruiz-Castillo Basala; Luis Ruiz-Salinas Martínez; Carlos Ruiz Silva; Arturo Sáenz de la Calzada; Luis y Maruja Sáenz de la Calzada; Ángel Sahuquillo; Pedro Sáinz Rodríguez (†); Luis Sáiz; Melchor Sáiz Pardo; Horacio Salas; Agustín Sánchez Vidal; Emilio Santiago Simón; Rafael Santos Torroella; Andrés Segovia (†); Antonio de Senillosa; Philip Silver; Jaume Sobrequés; Ramón Sol; Andrés Soria Ortega; Leslie Stainton; Coen Stork; Daniel Sueiro (†); Mauricio Torrabalari; Amelia de la Torre (†); César Torres Martínez; Javier Torres Vela; Margarita Ucelay; Rafael Utrera; Felipe Vallejo; Pilar Varela;

Benigno Vaquero; Roberto Villayandre; José María Vives; Anthony Watson; Héctor Yanover; Alberto Zalamea; Julio Oscar Zolezzi y Ofelia Zuccoli Fidanza.

Por último, obligado es agradecer muy especialmente a mi familia —mi esposa Carole y mis hijos Tracey y Dominic— su paciencia, comprensión y apoyo moral durante tantos años de trabajo. Han sido, los tres, torres de fortaleza.

IAN GIBSON

*Madrid, 2 de septiembre de 1987*

## PRÓLOGO

*En el setenta y cinco aniversario del asesinato de Federico García Lorca, Editorial Crítica —y se lo agradezco de corazón— se ha empeñado en sacar otra vez a la luz esta biografía, publicada por Grijalbo en dos tomos (1985 y 1987, respectivamente) y reimpresa, por Crítica, ligeramente revisada, en 1998, centenario del nacimiento del poeta.*

*Si las listas de agradecimientos de los dos volúmenes de la edición original del libro parecían, al decir de un amigo, cementerios —por estar sembradas de tantas cruces indicando el fallecimiento de no pocos de quienes me habían ayudado con mis pesquisas—, ¿qué decir de la situación ahora? Me aterra pensar en los años transcurridos desde que empecé a investigar la vida y la obra de Lorca.*

*Releer el libro ha sido recordar centenares de entrevistas y mil peripecias en España, Francia, Inglaterra, Nueva York, Cuba, Buenos Aires... e infinitas horas pasadas en la Hemeroteca Municipal de Madrid, entonces ubicada en un viejo caserón de la Plaza de la Villa (¡ay campana de las Carboneras!), cuando todavía no había ordenadores ni apenas fotocopias.*

*Quiero recordar, con sumo cariño y gratitud, al gran editor y ser humano que fue Juan Grijalbo, sin cuyo apoyo nunca habría podido llevar a buen puerto mi proyecto biográfico.*

*Y luego a numerosas personas clave para el mismo, por sus publicaciones o su testimonio personal, todavía vivas en 1987 pero ya desaparecidas. Entre ellas Marie Laffranque, André Belamich, Ernesto Giménez Caballero, José Luis Cano, Dámaso Alonso, Ernesto Guerra da Cal, José Landeira, Eduardo Rodríguez Valdivieso, Daniel Devoto, José Caballero, Margarita Ucelay, Arturo del Hoyo —artífice de la mítica edición Aguilar de las obras de Lorca, ya pasada a mejor vida—, Luis Sáenz de la Calzada, Francisco Giner de los Ríos,*

*María Luisa González, José Antonio Rubio Sacristán, Manuel Ángeles Ortiz, Rafael Martínez Nadal, Isabel García Lorca, José («Peppín») Bello, Luis Buñuel, Salvador Dalí... Son los nombres que se me ocurren ahora, pero hay muchísimos más.*

*La marcha inexorable del tiempo, además de llevarse a tanta gente cercana de alguna manera al poeta, no ha hecho más que asentar la fama internacional de éste. Lorca tiene hoy una irradiación mundial y su universo se ha convertido, casi se podría decir, en símbolo de lo español.*

*Es mi obligación aclarar que no he modificado el contenido del texto publicado en 1998. Habría sido una tarea titánica, imposible para mí en estos momentos. Me he limitado a darle un repaso al estilo y, en algún caso aislado, a señalar en nota a pie de página la presencia de un error. Me ha parecido más leal con el lector proceder así y no introducir correcciones «silenciosas».*

*Para quienes desean estar al tanto del alud de nueva información sobre el poeta y su entorno aparecida desde entonces me atrevo a recomendarles mi Vida, pasión y muerte de Federico García Lorca, editada por Plaza y Janés en 1998 y hoy en su cuarta impresión con Random House DeBolsillo (se trata de la traducción española de la edición inglesa). También considero que mi último libro sobre el poeta, Lorca y el mundo gay (Planeta, 2009), es merecedor de atención, entre otras razones por el descubrimiento del «amor que no pudo ser» del Federico adolescente, la cordobesa María Luisa Natera Ladrón de Guevara.*

*Lorca y el mundo gay. Cuando salió el primer tomo de esta biografía en 1985 el adjetivo no se había generalizado, la homosexualidad todavía se consideraba un baldón y personas hubo que pusieron el grito en el cielo clamando «que Lorca era “normal”», «que ellos nunca vieron nada», que el libro invadía la intimidad del poeta, que para entender su obra no hacía falta traer a colación su vida privada, etcétera, etcétera. Desde entonces el cambio ha sido radical. Hoy ningún crítico se atrevería a analizar la obra lorquiana sin tener en cuenta su condición de marginado sexual en una sociedad extremadamente conservadora. Bien es cierto que «el poema es el poema» y que se puede afrontar sin saber nada de su autor. Pero, como biógrafo que soy, entiendo que uno está en su derecho al querer conocer no sólo el texto literario sino a quien ha sido capaz de crearlo, al querer indagar sobre las conexiones entre ambos. Si alguien no lo entiende así, también está en su derecho, aunque creo que se equivoca.*

*Hoy sabemos mucho más acerca de Lorca de lo que era el caso en 1985. Por ejemplo, se ha publicado el vasto y extraordinario corpus de sus escritos juveniles. Pero queda mucho por descubrir. Debido a la guerra civil y a la consiguiente y cruel diáspora, todavía existe la posibilidad de que se encuentre por las Américas, olvidada en algún cajón o entre las páginas de un libro, documentación clave. ¿Dónde están las cartas del poeta a Adolfo Salazar, por ejemplo? ¿Dónde está el archivo de Gabriel García Maroto, editor de Libro de poemas? Lo mismo se puede decir pensando en las estancias de Lorca en Nueva York (1929-1930), Cuba (1930) y Buenos Aires y Montevideo (1933-1934), muy estudiadas pero todavía llenas de incógnitas y lagunas. En el caso de un gran escritor —creo que fue T. S. Eliot quien lo dijo— cualquier papel, aunque sea la lista de la tintorería, puede tener enorme interés. Y Lorca es uno de los más grandes. Como Dalí, era un creador incansable y además muy generoso a la hora de regalar papeles, dibujos, anécdotas, dedicatorias... De sus muchísimas cartas al pintor, por cierto, sólo conocemos algunas. Es una ausencia que duele porque en ellas ponía lo mejor de sí (lo sabemos por las respuestas de Salvador, que sí se han conservado).*

*¿Los herederos de Rafael Martínez Nadal (fallecido en 2001) nos aclararán un día si obran todavía en su poder cartas inéditas del granadino? En Lorca y el mundo gay di a conocer una muy importante de Nadal al poeta. Tiende a confirmar lo que muchos sospechábamos: la bisexualidad del gran amigo, razón quizá de su tenaz oposición a quienes insistíamos en que la homosexualidad de Lorca tenía mucho que ver con su obra, que gira obsesivamente en torno a la frustración amorosa. ¿Quemó realmente Martínez Nadal las cartas recibidas del poeta desde Nueva York y Cuba, en las cuales, según varios testimonios, aludía a sus actividades homoeróticas en la metrópoli estadounidense?*

*No se trata de morbosidad sino de querer conocer mejor al hombre y su obra. Y, con ello, a nosotros mismos, puesto que el género biográfico también es eso, profundizar en la condición humana. España es un país parco en biografías, como bien apuntó Gerald Brennan, y ello supone una carencia muy grave. ¡Cuántos ilustres españoles (y españolas, perdón) están todavía sin la que se merecen y que nosotros necesitamos!*

*Cambiando de asunto, quiero aprovechar esta oportunidad para expresar el profundo desconsuelo que me produce constatar la pro-*

*gresiva, y al parecer imparable, destrucción de la Vega de Granada, paraíso infantil de Lorca y fuente de inspiración de toda su obra. ¡Si la viera ahora! ¡Si la viera Manuel de Falla!*

*En cuanto a los restos del poeta, se buscaron en 2009 y, debido a un deficiente trabajo previo, no se encontraron. A día de hoy sólo sabemos que el atroz crimen se cometió no lejos de Fuente Grande, en el municipio de Alfacar. Dada la actual coyuntura política parece difícil que por el momento se siga tratando de localizar la fosa.*

*Que España no haya recuperado todavía al desaparecido más famoso de la guerra civil es, a mi juicio, lamentable.*

*Un buen amigo del poeta —Ramón Pérez Roda— le escribió en una carta que cito en el libro: «Bienvenido a esta Granada que te debe casi la existencia. Tú eres su espíritu». Son palabras que me han producido un escalofrío al releerlas. Causa indignación y dolor el hecho de que todavía se mantenga en el centro de la ciudad, donde se fusiló a miles de inocentes, el monumento a José Antonio Primo de Rivera. Entiendo que Lorca no se equivocaba mucho al decir, en junio de 1936, que Granada tenía «la peor burguesía de España».*

*Además de ser «un poeta telúrico, un hombre agarrado a la tierra» —son sus palabras—, era un revolucionario que quería ayudar a cambiar el mundo con su obra y, sobre todo, con su teatro. La identificación con Cristo, explorada por Eutimio Martín, está fuera de duda y casi se podría decir que se halla incluso en la manera de su muerte. Se me viene a la memoria una frase de uno de sus textos juveniles: «Mirad que hay hospitales que se derrumban, hombres que blasfeman porque no comen y desamores en las sendas». Y otra: «Hay que ser hijos de la verdadera patria: la patria del amor y de la igualdad».*

*Su hermano Francisco dijo que, de todos los escritores de su generación, Federico era quien estaba socialmente más comprometido. Estoy de acuerdo. Desde sus primeros versos hasta La casa de Bernarda Alba la preocupación es constante.*

*Haber podido dedicar tantas décadas a estudiar al hombre y su obra ha sido el mayor privilegio de mi vida.*

Madrid, junio de 2011

## INTRODUCCIÓN

¿Quién te vio y no te recuerda?

*Este verso del «Romance de la Guardia Civil Española», referido a la ciudad de los gitanos que acaba de destruir la Benemérita, bien puede aplicarse al hombre Federico García Lorca. Acerca del incomparable don de gentes del poeta, de su arrolladora personalidad, de su innata cualidad de juglar, actor y animador de fiestas, de su talento como pianista, de su capacidad para crear felicidad en torno suyo, existen múltiples testimonios.*

*Ha escrito Jorge Guillén:*

*Federico nos ponía en contacto con la creación, con ese conjunto de fondo en que se mantienen las fuerzas fecundas, y aquel hombre era ante todo manantial, arranque fresquísimo de manantial, una transparencia de origen entre los orígenes del universo, tan recién creado y tan antiguo. Junto al poeta —y no sólo en su poesía— se respiraba un aura que él iluminaba con su propia luz. Entonces no hacía frío de invierno ni calor de verano: «hacia... Federico».<sup>1\*</sup>*

*Otro gran poeta amigo de Lorca, Pedro Salinas, ha recordado:*

*Se le sentía venir mucho antes de que llegara, le anunciaban impalpables correos, avisos, como de las diligencias en su tierra, de cascabeles por el aire. Cuando ya se había marchado, aún tardaba mucho en irse, seguía allí rodeándonos aún de sus ecos, hasta que, de pronto, decía uno: «Pero ¿se ha ido ya Federico?».<sup>2</sup>*

\* Para las notas numeradas, remitimos al lector a las páginas 1153-1290.

*Por su parte, Luis Cernuda apuntaría:*

*Había que quererle o que dejarle; no había ya término medio. Esto lo sabía él y siempre que deseaba atraer a alguien, ejercer influencia sobre tal o cual persona, se ponía al piano o le recitaba sus propios versos ... Estaba tan vivo, estremecido por el vasto aliento de la vida, que parecía imposible hallarlo inmóvil en nada, aunque esa nada fuese la muerte. Si alguna imagen quisiéramos dar de él sería la de un río. Siempre era el mismo y siempre era distinto, fluyendo inagotable, llevando a su obra la cambiante memoria del mundo que él adoraba.<sup>3</sup>*

*Habla ahora el crítico de arte Sebastião Gasch:*

*Poseía el puro aroma de lo que brota espontáneo y firme. Y, asomada siempre a su rostro, aquella franca risa, luminosa y cordial, entre ingenua y picaresca. Rezumaba sur por todos sus poros.<sup>4</sup>*

*Aquel don de gentes lo ejercía Lorca a cualquier hora del día o de la noche, en cualquier sitio, y no sólo cuando el poeta se encontraba entre los suyos. Pudo comprobarlo Dámaso Alonso, que coincidió con él en Nueva York:*

*El éxito social del hombre «Federico García Lorca» es, antes que nada, un éxito español. En España él se convierte en el centro atractivo de cualquier grupo de amigos, de cualquier reunión donde se encuentre. Tiene un tesoro inacabable de gracias, se ríe con sonoras carcajadas y contagia al más melancólico. Ahora se pone con una servilleta las barbas de Valle-Inclán; ahora parpadea y habla sorbiéndose las pausas, como Gerardo Diego; ahora arrastra las erres guturales de Max Aub; ahora pinta «putrefactos». No dotes inconexas e insignificantes de juglar, sino formidable poder de captación de todas las formas vitales... Pero estamos ahora en Nueva York, en una wild party, por el capricho de un millonario americano: dispersión total por los amplios salones en pequeños grupos gesticulantes, donde los brebajes empiezan a producir su efecto. De repente, aquella masa alocada y disgregada se polariza hacia un piano. ¿Qué ha ocurrido? Federico se ha puesto a tocar y cantar canciones españolas. Aquella gente no sabe español ni tiene la menor idea de España. Pero es tal la fuerza de expresión, que en aquellos cerebros tan lejanos se abre la luz que no han visto nunca y en sus corazones muerde el suave amargo que no han conocido.<sup>5</sup>*

*Pero no todo en Federico era alegría. Se dio cuenta de ello, en 1927, el crítico literario catalán Lluís Montanyà, quien señaló las «intermitencias lánguidas» que a menudo acompañaban el «gesto cordial, vehemente y enérgico» del poeta.<sup>6</sup> Era una peculiaridad observada por todos los amigos íntimos de Lorca y, de vez en cuando, por algún testigo ocasional más perspicaz de lo corriente.*

*Emilia Llanos —amiga granadina del poeta—, por ejemplo, recordaría años después del asesinato de éste:*

*Federico se abstraía mucho. Estaba a veces largo rato sin hablar, ausente de la habitación, con la mirada vaga, la boca apretada y las cejas levantadas. Yo, en aquellos momentos, nunca le interrumpía.<sup>7</sup>*

*El crítico musical Adolfo Salazar también conocía muy bien las «intermitencias lánguidas» de su amigo, una de las cuales ocurrió durante una conversación mantenida en La Habana en 1930:*

*Federico se quedó silencioso. Uno de sus silencios en donde sus ojos se le volvían para dentro, como mirando a lo profundo de un recuerdo.<sup>8</sup>*

*El biógrafo del poeta, Alfredo de la Guardia, escribe:*

*Todos le conocimos desbordante de vitalidad, de optimismo, de sazónada chanza, muy cordial, muy abierto en la mirada, en la sonrisa y en los brazos; pero no muchos pudieron sorprender, de pronto, el sombrío nublado, que venía de no se sabe dónde —de la tristeza ancestral y de la tragedia por venir— a envolver su frente, apagarle los ojos y cerrar su boca. Entonces y por muy breves instantes, esta pujante máquina de vida, avasalladora, torrencial, que avanzaba siempre como un río desbordado, se detenía, se cegaba.<sup>9</sup>*

*Estos repentinos ensimismamientos los llamaba el poeta sus «dra-mones».<sup>10</sup>*

*Los ojos de Federico —profundos y oscuros— dejaban traslucir habitualmente una innegable melancolía. Para Luis Cernuda eran «ojos grandes y elocuentes, de melancólica expresión»;<sup>11</sup> para Juana de Ibarbourou, «hermosos ojos color castaño extrañamente melancólicos a pesar de la euforia de su ser»;<sup>12</sup> para Gregorio Prieto, «nos-*

tálgicos, y en ellos anidaba siempre la honda tristeza de su alma». <sup>13</sup> Cipriano Rivas Cherif afirmó que Federico «había sabido concentrar en la luz de sus ojos oscuros la fuerza de atracción de una mirada inolvidable. Un dolor como de presentimiento, sí, templaba de melancolía la gracia de su expresión». <sup>14</sup> Laura de los Ríos —esposa de Francisco García Lorca, hermano del poeta— decía que «la risa de Federico era tremenda, pero no reían sus ojos», <sup>15</sup> mientras que Francisco Giner de los Ríos ha recordado que las sienas de Lorca permanecían tristes aun cuando el resto de la cara expresara alegría. <sup>16</sup> Esta última observación encuentra confirmación en el testimonio de Rafael Alberti:

*Su cara no era alegre, aunque una larga sonrisa, transformable rápidamente en carcajada, pusiera en ella esa expresión de contagioso optimismo, de fuego desbocado, que tan perdurable recuerdo dejara, incluso en aquellos que tan sólo le vieron un instante.* <sup>17</sup>

*Pero acaso la evocación más exacta del cambiante ademán de Lorca sea la de Ángel del Río, autor de la primera semblanza biográfica del poeta:*

*En su silueta física, algo extraña, había una mezcla de fortaleza y debilidad, de campesino y de decadente. Torso, cuello, cabeza poderosos en un cuerpo de líneas y movimientos con algo de blando. Junto con el color oliva profundo —de cinco razas, como vio Juan Ramón— de la tez, lo más impresionante eran los ojos de color variable, entre negro y pardo; ojos intensos tras la prominencia de unos pómulos firmes. Encendidos a veces con luces de alegría infantil o de sensualidad, aparecía en ellos, algunos días, ya a los veinte años, una veladura de tristeza sin fondo. Era la cara profunda de su carácter: presentimiento del dolor.* <sup>18</sup>

*¿«Tristeza ancestral»? ¿«Tragedia por venir»? ¿«Presentimiento del dolor»? Son meras hipótesis. De todas las evocaciones del Lorca sombrío, la de Vicente Aleixandre es la más penetrante y también la más bella. Aparecida en 1937, poco después de la muerte del poeta, merece ser citada íntegramente:*

*A Federico se le ha comparado con un niño, se le puede comparar con un ángel, con un agua («mi corazón es un poco de agua pura»,*

decía él en una carta), con una roca; en sus más tremendos momentos era impetuoso, clamoroso, mágico como una selva. Cada cual le ha visto de una manera. Los que le amamos y convivimos con él le vimos siempre el mismo, único y, sin embargo, cambiante, variable como la misma Naturaleza. Por la mañana se reía tan alegre, tan clara, tan multiplicadamente como el agua del campo, de la que parecía siempre que venía de lavarse la cara. Durante el día evocaba campos frescos, laderas verdes, llanuras, rumor de olivos grises sobre la tierra ocre; en una sucesión de paisajes españoles que dependían de la hora, de su estado de ánimo, de la luz que despedieran sus ojos; quizá también de la persona que tenía enfrente. Yo le he visto en las noches más altas, de pronto, asomado a unas barandas misteriosas, cuando la luna correspondía con él y le plateaba su rostro; y he sentido que sus brazos se apoyaban en el aire, pero que sus pies se hundían en el tiempo, en los siglos, en la raíz remotísima de la tierra hispánica, hasta no sé dónde, en busca de esa sabiduría profunda que llameaba en sus ojos, que quemaba en sus labios, que encandecía su ceño de inspirado. No, no era un niño entonces. ¡Qué viejo, qué viejo, qué «antiguo», qué fabuloso y mítico! Que no parezca irreverencia: sólo algún viejo «cantaor» de flamenco, sólo alguna vieja «bailaora», hechos ya estatuas de piedra, podrían serle comparados. Sólo una remota montaña andaluza sin edad, entrevista en un fondo nocturno, podría entonces hermanársele.

No hay quien pueda definirle. Su presencia, comparable quizá sólo y justamente con el tifón que asume y arrebató, traía siempre asociaciones de lo sencillo elemental. Era tierno como una concha de la playa. Inocente en su tremenda risa morena, como un árbol furioso. Ardiente en sus deseos, como un ser nacido para la libertad. Y tenía para su obra futura un instinto tan primario de defensa que no puede por menos de traerme la memoria de un genio: Goethe. Con una diferencia, y es que Federico era incapaz de la fría serenidad con que aquel Júpiter encadenó el complicado mecanismo de sus instintos y pasiones y lo redujo a ruedas dentadas al servicio de su rendimiento intelectual. En Federico todo era inspiración, y su vida, tan hermosamente de acuerdo con su obra, fue el triunfo de la libertad, y entre su vida y su obra hay un intercambio espiritual y físico tan constante, tan apasionado y fecundo, que las hace eternamente inseparables e indivisibles. En este sentido, como en otros muchos, me recuerda a Lope.

En Federico, que pasaba mágicamente por la vida, al parecer sin apoyarse; que iba y venía ante la vista de sus amigos con algo de genio alado que dispensa gracias, hace feliz un momento y escapa en seguida como la luz, que él se llevaba efectivamente; en Federico se

veía sobre todo al poderoso encantador, disipador de tristezas, hechicero de la alegría, conjurador del gozo de la vida, dueño de las sombras, a las que él desterraba con su presencia. Pero yo gusto a veces de evocar a solas otro Federico, una imagen suya que no todos han visto: al noble Federico de la tristeza, al hombre de soledad y pasión que en el vértigo de su vida de triunfo difícilmente podía adivinarse. He hablado antes de esa nocturna testa suya, macerada por la luna, ya casi amarilla de piedra, petrificada como un dolor antiguo. «¿Qué te duele, hijo?», parecía preguntarle la luna. «Me duele la tierra, la tierra y los hombres, la carne y el alma humana, la mía y la de los demás, que son uno conmigo.»

En las altas horas de la noche, discurriendo por la ciudad, o en una tabernita (como él decía), casa de comidas, con algún amigo suyo, entre sombras humanas, Federico volvía de la alegría, como de un remoto país, a esta dura realidad de la tierra visible y del dolor visible. El poeta es el ser que acaso carece de límites corporales. Su silencio repentino y largo tenía algo de silencio de río, y en la alta hora, oscuro como un río ancho, se le sentía fluir, fluir, pasándole por su cuerpo y su alma sangres, memorias, dolor, latidos de otros corazones y otros seres que eran él mismo en aquel instante, como el río es todas las aguas que le dan cuerpo, pero no límite. La hora muda de Federico era la hora del poeta, hora de soledad, pero de soledad generosa porque es cuando el poeta siente que es la expresión de todos los hombres.

Su corazón no era ciertamente alegre. Era capaz de toda la alegría del Universo; pero su sima profunda, como la de todo gran poeta, no era la de la alegría. Quienes le vieron pasar por la vida como un ave llena de colorido no le conocieron. Su corazón era como pocos apasionado, y una capacidad de amor y de sufrimiento ennoblecía cada día más aquella noble frente. Amó mucho, cualidad que algunos superficiales le negaron. Y sufrió por amor, lo que probablemente nadie supo. Recordaré siempre la lectura que me hizo, tiempo antes de partir para Granada, de su última obra lírica, que no habíamos de ver terminada. Me leía sus Sonetos del amor oscuro, prodigio de pasión, de entusiasmo, de felicidad, de tormento, puro y ardiente monumento al amor, en que la primera materia es ya la carne, el corazón, el alma del poeta en trance de destrucción. Sorprendido yo mismo, no pude menos que quedarme mirándole y exclamar: «Federico, ¡qué corazón! ¡Cuánto ha tenido que amar, cuánto que sufrir!». Me miró y se sonrió como un niño. Al hablar así no era yo probablemente el que hablaba. Si esa obra no se ha perdido; si, para honor de la poesía española y deleite de las generaciones hasta la consumación de la lengua, se con-

*servan en alguna parte los originales, cuántos habrá que sepan, que aprendan y conozcan la capacidad extraordinaria, la hondura y la calidad sin par del corazón de su poeta.*<sup>19</sup>

*En 1937, cuando Vicente Aleixandre publicó estas nobles palabras, España estaba en plena guerra civil. A ningún amigo de Lorca se le habría ocurrido entonces referirse públicamente a la homosexualidad del poeta asesinado, toda vez que en la España de la época el tema era rigurosamente tabú, como seguiría siéndolo bajo el largo régimen de Franco... y como, en no pequeña medida, sigue siéndolo hoy. Hasta hace muy poco tiempo, con alguna mínima, vacilante excepción, pesaba en España sobre la cuestión de la homosexualidad de Lorca —homosexualidad atestiguada en privado por numerosísimos amigos suyos— el más denso de los silencios. Hoy sería absurdo que un biógrafo del genial granadino velara aspecto tan fundamental del hombre y del poeta, tanto más cuanto que éste, después de largos sufrimientos, procuró aceptar su condición y vivir el amor «que no osa decir su nombre».*

*Si la melancolía de Lorca, sus súbitos ensimismamientos, silencios y languideces tenían algo de «ancestrales», cosa que no sabemos, es mucho más probable que reflejasen la angustia que suponía para el poeta, y que a veces se apoderaba de él, el tener que ocultar, ante la mirada y el desprecio de una sociedad machista y sexualmente primitiva —a la derecha y a la izquierda—, su condición de homosexual. Y no sólo ante ésta sino, a menudo, ante personas que, a pesar de considerarse liberales, se hubieran escandalizado al saber que trataban con un representante de aquella minoría que en España ha sido —tradicionalmente— blanco de chistes y burlas.*

*Todo ello lo vio claramente la escritora francesa Marcelle Auclair; esposa de Jean Prévost, que conoció íntimamente a Lorca y su grupo durante los años de la República. En su libro *Enfances et mort de García Lorca*, editado en 1968, Auclair afrontó con fina intuición y delicado tacto la cuestión de la homosexualidad del poeta; homosexualidad que, durante los primeros tiempos de su amistad con él, no había llegado a sospechar. Estas páginas son incuestionablemente las más penetrantes y comprensivas que se han publicado sobre la inversión de Lorca.*

*Marcelle Auclair, teniendo muy en cuenta dos extraordinarias biografías francesas —À la Recherche de Marcel Proust, de André*

*Maurois, y la monumental La Jeunesse d'André Gide, del doctor Jean Delay—, afirma que, para Federico, «su mayor angustia era, indudablemente, el miedo de que sus padres descubriesen que era “invertido”». Y sigue:*

*Si no evoco aquí a André Gide, cuya propia hija abrió al doctor Delay los cuadernos más secretos de nuestro premio Nobel de literatura, lo que le permitió demostrar en La Jeunesse d'André Gide cómo una madre, a fuerza de rigor y de religiosidad mal entendida, puede hacer de su hijo un pederasta, es porque el problema de García Lorca, muy alejado del de Gide, está bastante cerca del de Proust.<sup>20</sup>*

*Marcelle Auclair cita a continuación un fragmento de los Cahiers de Proust dados a conocer por Maurois en su biografía, fragmento que podemos ampliar aquí. En estos Cahiers, que se remontan a la época de la adolescencia de Proust, éste ya habla de los invertidos como de una triste raza que se defienden «como de una calumnia de lo que es la fuente inocente de sus sueños y de sus placeres. Hijos sin madre, pues deben mentirle toda la vida y hasta en la hora de cerrarle los ojos...».<sup>21</sup> Los invertidos, según el joven Marcel, viven en un estado de guerra civil consigo mismos y con la sociedad, «obligados a ocultar su vida, a desviar su mirada de donde querría posarse hasta allí desde donde querría apartarla; a cambiar el género de muchos adjetivos de su vocabulario, ligera restricción social al lado de la restricción interior que su vicio —o lo que se llama impropriamente así— les impone, no ya a los ojos de los demás sino de sí mismos, y de manera que a ellos mismos no les parezca un vicio...».<sup>22</sup>*

*Es difícil leer esta gran biografía de Proust sin pensar con frecuencia en el caso de Lorca, especialmente al sopesar Maurois la relación entre Marcel y sus padres:*

*Se puede imaginar lo que habrán sido los sufrimientos de este niño tan bueno, siempre refugiado en las faldas de su madre, al descubrir en sí mismo instintos que, a tantos otros como a él, parecían anormales y culpables... Un conflicto entre el amor filial y el amor aberrante que tan fuertemente le tentaba le turbó, sin lugar a dudas, su alma de adolescente.<sup>23</sup>*

*El escritor Eduardo Blanco-Amor, amigo de Lorca y, como él, homosexual, tuvo el valor de pedir públicamente —en unas notas prepa-*

*radas para el estreno de Así que pasen cinco años en 1978— que los íntimos del poeta supervivientes no siguiesen ocultando la verdad de aquella víctima del odio desencadenado por la guerra:*

*Algún día habrá que rescatar a Federico García Lorca de las veladuras que enturbian su genio y dejan inexplicables la raíz y floración de su vida-obra. Quienes le hemos conocido y, por conocido, amado, no podemos dejarnos morir llevándonos dentro la pudrición de esta complicidad; de un silencio que juzgarán cobardía quienes vengan en tiempos de mayor naturalidad y más desasida inteligencia para entender y juzgar a sus semejantes, semejantes en más de un sentido.<sup>24</sup>*

*Son palabras que hemos tenido presentes durante la larga redacción de este libro. Ya es hora de que se conozca a Lorca de cuerpo entero. Si nos hemos aproximado un poco a este ideal —y somos conscientes de que no puede ser más que una aproximación—, nos daremos por altamente satisfechos.*

IAN GIBSON

Madrid, diciembre de 1984



## INFANCIA VEGUERA

### El Soto de Roma

De todas las vegas de España, la de Granada —fondo y trasfondo de la obra de Federico García Lorca— es, sin duda, la más bella, la más fértil y la que más elogios ha recibido de poetas, escritores y viajeros, desde los tiempos de la dominación musulmana, y acaso antes, hasta nuestros días.

Separada del Mediterráneo —que dista de ella sólo unos escasos cincuenta kilómetros a vuelo de pájaro— por la inmensa mole de Sierra Nevada, bordeada al norte y al oeste por una larga cadena de montañas y regada abundantemente por el río Genil y sus afluentes, la vega granadina, de unos mil kilómetros cuadrados, formó durante largos siglos un mundo propio y aparte. Un mundo donde la vida discurría apaciblemente por cauces tradicionales y el hombre vivía en estrecho contacto con la tierra.

Los árabes granadinos, expertos horticultores, crearon en la Vega un intrincado sistema de regadíos que, mejorando el dejado por los romanos, existe todavía en gran parte, y convirtieron en paraíso terrenal la extensa llanura.<sup>1</sup> Pero con la toma de la Granada nazarí —último reducto musulmán de la península— por los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, en 1492, inició un prolongado proceso de decadencia. Los repobladores cristianos estaban acostumbrados a otras prácticas agrícolas más bastas, y se mostraban incapaces de adaptarse a las técnicas elaboradas y perfeccionadas durante siete siglos por los mahometanos. Aquel deterioro progresivo de la Vega culminó en 1610 con la expulsión de los moriscos, que se llevaron con ellos los últimos secretos de tan eficaces métodos de cultivo.

En el centro de la Vega, a dieciocho kilómetros de Granada, se extendía a ambos lados del Genil una espaciosa finca conocida como el Soto de Roma, que había pertenecido a los reyes moros. Existen discrepancias en cuanto al origen del nombre (que no tiene nada que ver con su homónimo italiano), aunque lo más probable parece ser que «Roma» proceda de una voz árabe que significa «cristiana».<sup>2</sup>

Esta etimología encuentra apoyo popular en el hecho de que, no lejos del Soto, en la ribera izquierda del Genil, hay un pueblecito llamado Romilla (o, a veces, Roma la chica) donde, según una tradición árabe, vivió la desafortunada Florinda, hija del conde don Julián, el traidor a quien se suele achacar el haber abierto las puertas de la península a la invasión musulmana de 711.<sup>3</sup> Entre Romilla y el Genil, además, se encuentran todavía las ruinas de una atalaya árabe denominada Torre de Roma —allí jugó García Lorca de niño—<sup>4</sup> que siempre fue considerada como mojón que marcaba el límite sur del Soto.<sup>5</sup> Como nota curiosa se puede añadir que los habitantes de Romilla se conocen como *romerillos* o *romanos*, explicándose así el origen geográfico, dentro del mundo veguero, del personaje Pepe el Romano de la obra de teatro de Lorca *La casa de Bernarda Alba*.

Si se acepta dicha etimología árabe de la palabra «Roma», pues, el nombre del latifundio viene a significar, pintorescamente, «El Soto de la Cristiana».

Fernando e Isabel distribuyeron entre sus caballeros las feraces tierras de la Vega de Granada. Pero tuvieron cuidado de reservar para la Corona las del Soto de Roma, a cuyo nombre se agregó a partir de entonces la designación de «Real Sitio».

Por aquellas fechas la dilatada finca formaba un bosque, resto, sin duda, de la vegetación original del área: encinares, alcornocales y quejigares y, por las riberas del Genil y del Cubillas, tarajales, choperas, alamedas, olmedas y saucedales.<sup>6</sup> Refiriéndose al Soto de Roma en la primera parte de su famoso libro *Guerras civiles de Granada*, publicada en 1595, Ginés Pérez de Hita, que conocía personalmente el terreno, apunta que éste es de «muchas espesura de árboles», añadiendo que «hoy día quien no tiene muy andadas las veredas se pierde en él» y que «hay dentro infinidad de caza volátil y terrestre».<sup>7</sup>

Cuatrocientos años después de escritas estas palabras, es todavía cosa fácil perderse entre las densas choperas del Soto de Roma.

El latifundio quedaría durante unos trescientos años en manos de

la Corona, siendo apenas explotado agrícolamente. En su límite oeste, lamido por el río Cubillas, y posiblemente sobre los restos de una alquería árabe, se levantó, en fecha no determinada, un palacete, con jardines y árboles exóticos, conocido como la Casa Real. Allí paraban los monarcas del momento y su séquito en las raras ocasiones en que visitaban el Soto para cazar. La Casa Real cayó en abandono, y sería restaurada varias veces durante los siglos XVII, XVIII y XIX.<sup>8</sup>

En 1765, Carlos III regaló la finca a quien había sido su ministro de Estado, Ricardo Wall, hijo de exiliados irlandeses, caballero de Santiago y, durante un período, embajador español en Londres.<sup>9</sup> En el pequeño pueblo de Fuente Vaqueros, no lejos de la Casa Real, Wall empezó la construcción de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Anunciación, pero murió en 1777, a los 83 años, antes de ver terminada la obra. Fue enterrado en el cementerio del lugar, abierto al lado de la iglesia y hoy desaparecido.<sup>10</sup>

A la muerte de Wall, el Soto volvió a la Corona, siendo regalado luego a Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, ministro de Carlos IV entre 1792 y 1797 y amante de María Luisa, esposa del rey.<sup>11</sup> Parece ser que jamás visitó la finca, aunque en 1806 hizo que se plantara un magnífico olivar al lado del camino de Pinos Puente<sup>12</sup> y se recuerda su nombre en el de uno de los pueblos del Soto, La Paz. Cuando cayó Godoy después de la derrota de Trafalgar, el latifundio volvió otra vez a la Corona.

Cuatro años más tarde el destino del Soto de Roma cambió brusca e inesperadamente de rumbo. En 1812 el primer duque de Wellington, sir Arthur Wellesley, vencedor en Salamanca de las tropas de Napoleón Bonaparte, se convirtió en ídolo de los españoles. Ya lo era de sus compatriotas. En señal de gratitud por haber contribuido decisivamente a liberar a España de las garras francesas, las Cortes de Cádiz le confirieron el título de duque de Ciudad Rodrigo y, por decreto del 22 de julio de 1813, le donaron en perpetuidad —ni en España ni en Gran Bretaña es concebible un duque sin tierras— el Soto de Roma, además de otra extensa finca, situada en los secanos que bordean la Vega, cerca de Illora, llamada Molino del Rey.<sup>13</sup> El regalo fue respetado por Fernando VII el Deseado, al ocupar el trono en 1814, y durante más de cien años el Soto pertenecería a los Wellesley.

Según una tradición de la familia —que todavía es dueña de la finca de Molino del Rey—, las Cortes de Cádiz le ofrecieron a sir Arthur, primero, la Alhambra de Granada, siendo rechazada la propuesta

por el duque de Hierro. Pero parece ser que tal tradición no descansa sobre ninguna realidad histórica.<sup>14</sup>

Al pasar el Soto de Roma a manos de Wellington, el latifundio —de unas 2.500 o 3.000 hectáreas, cuyos límites exactos habían sido materia contenciosa desde tiempos de los Reyes Católicos— comprendía varios pequeños pueblos, 25 cortijos y 727 habitantes. De éstos, 98 vivían en Fuente Vaqueros.<sup>15</sup> En lo que hoy es plaza del pueblo, y entonces fue descampado, se había levantado, antes ya de la llegada de los ingleses, la llamada Casa Grande, centro de la administración del Real Sitio, y, enfrente de él, el almacén de la propiedad.<sup>16</sup> Ambos edificios han desaparecido: el primero, hace poco tiempo, para dar paso a una Caja de Ahorros, y el segundo a consecuencia de un devastador incendio ocurrido durante la década de los años veinte.

Sir Arthur Wellesley jamás se dignó visitar sus fincas granadinas, y durante el siglo XIX rigieron —teóricamente— los destinos del Soto de Roma una serie de apoderados, generalmente ingleses, nombrados por él y sus sucesores. Estos apoderados, casi siempre ausentes, nombraban a su vez a administradores locales que tampoco solían distinguirse por la asiduidad de su presencia en Fuente Vaqueros, o por la honradez de su gestión. Era una situación de franco abandono, y de despilfarro y corrupción constantes.

Excepción a la regla, sin embargo, parece haber sido el primer administrador, un tal general O'Lawlor, español, aunque, como Ricardo Wall, de origen irlandés. O'Lawlor había sido edecán de Wellington durante la campaña peninsular, era leal servidor del duque, y simultaneaba su puesto como agente suyo con el de capitán general de Granada. En 1831 el viajero inglés Richard Ford, autor de la mejor guía de España jamás publicada, pasó una temporada en Fuente Vaqueros con O'Lawlor, dejando para la posteridad algunos delicados dibujos a lápiz de la Casa Real.<sup>17</sup>

En el mencionado libro, editado en 1845, Ford incluía varias páginas bien documentadas sobre el Soto de Roma. Y, al comentar la benéfica labor de Wall y luego de O'Lawlor, observaba: «Dos veces, pues, el Soto debe su restauración al cuidado de irlandeses.»<sup>18</sup>

Los colonos del duque de Wellington explotaban las tierras del Soto de Roma con arreglo al sistema jurídico conocido como *enfiteusis*, cesión perpetua o a largo plazo efectuada mediante el pago anual de un modestísimo canon en especie (siempre computado, en el Soto, en celemines de trigo), proporcional a la extensión y condiciones de

los terrenos cedidos. No se trataba, estrictamente, de *arrendamiento*, pues los colonos podían vender o dividir sus parcelas libremente con tal de satisfacer a los administradores del duque el laudemio correspondiente. Las casas del Soto, a diferencia de los terrenos, sí podían pertenecer en propiedad a los colonos.<sup>19</sup>

Hasta finales del siglo XIX, cuando se llevaron a cabo una serie de obras de encauzamiento, las inundaciones eran habituales en el Soto. Cada otoño, al empezar las lluvias, el Genil y el Cubillas —que confluyen no lejos de Fuente Vaqueros— se desbordaban, así como la intrincada red de acequias del latifundio, heredada de los árabes, rompiéndose los frágiles puentes de madera y cortándose durante meses tanto las comunicaciones entre el Soto y el mundo exterior como el acceso de los colonos a sus terrenos. Uno de los pueblos más afectados por las inundaciones, Martinete, tuvo que ser finalmente abandonado.

El Genil corría antiguamente al norte de Fuente Vaqueros, juntándose con el Cubillas en el sitio conocido como Los Vados.<sup>20</sup> Pero en 1827, de resultas de fuertes lluvias, el río se salió de madre al norte del pueblo de Santa Fe, entrando por el sur de Fuente Vaqueros. «Destrozó todas las tierras de su tránsito —apunta Pascual Madoz en 1847— y, mudando de álveo, vino a desaguar al O del cortijo de Daimuz, cuyo curso sigue en el día.»<sup>21</sup>

Madoz comenta que el clima de Fuente Vaqueros «no es muy sano por lo húmedo del terreno, padeciéndose más comúnmente fiebres intermitentes», a pesar de lo cual el lugar es «alegre y pintoresco, pues aunque sólo se descubre por la parte del S el pueblo de Chauchina, le rodea por los otros puntos un espeso arbolado de álamos blancos y peralejos».<sup>22</sup>

Fuente Vaqueros tenía entonces, según la misma autoridad, doscientas treinta y dos casas, una cárcel «poco segura» y una escuela de primera enseñanza, dotada con seis reales diarios, a la que acudían de cuarenta a cincuenta niños. «Hace unos ciento cincuenta años —añade Madoz— que este pueblo no era más que un bosque de arbolado con una casa y una fuente, llamadas de los Baqueros, la primera para encerrar el ganado vacuno, y la segunda para abrevadero del mismo, de la cual tomó nombre la actual población.»<sup>23</sup>

Horacio Hammick, amigo y luego apoderado del segundo duque de Wellington, intentó visitar el Soto en el otoño de 1854, pero no pudo hacerlo por estar intransitables los caminos e invadeables los ríos.<sup>24</sup> En el otoño de 1858 tuvo mejor suerte y, después de numerosas dificulta-

des, consiguió llegar hasta Fuente Vaqueros. Allí le llamó la atención el lamentable estado de abandono en que yacía el Soto, y la desesperada condición de muchos habitantes del pueblo. «Al cruzar el puente —escribe— nos abordó una muchedumbre de pobres, más de veinte o cuarenta de ellos, vestidos de poco menos que harapos, que se quejaron de no tener pan. Sus terrenos estaban inundados, no se podía trabajar en absoluto, y mucha gente se moría de fiebre. Nos pidieron encarecidamente que le informásemos al dueño, el duque de Ciudad Rodrigo, acerca de su deplorable situación.»<sup>25</sup>

Pero si, durante el otoño y el invierno, las inundaciones acarrearban el hambre y la miseria al Soto de Roma, también era verdad que las tierras del latifundio —tierras muelles y fertilísimas— debían su riqueza a las capas de limo abundantemente depositadas sobre ellas durante siglos por el Genil y el Cubillas. Las tierras de Fuente Vaqueros, por estar situadas cerca y, a partir de 1827, entre ambos ríos, eran las que más se beneficiaban de esta circunstancia, recibiendo los habitantes del pueblo, en consecuencia, el mote de «los limosos».<sup>26</sup>

En 1813, como hemos visto, el Soto tenía sólo unos 700 habitantes. En 1868 los colonos suman 800. «Si calculamos que cada colono tiene una mujer y tres niños —comenta Hammick— tenemos ahora en las fincas del duque una población de unas 3.000 almas.»<sup>27</sup> En 1840, según otra autoridad, Fuente Vaqueros tenía 400 habitantes y, en 1860, aproximadamente 1.300; luego, en 1887, unos 1.700 y, en 1900, unos 2.000.<sup>28</sup>

Esta rápida expansión demográfica de mediados de siglo se debía en parte a las innovaciones agrícolas de los ingleses, que, aunque no espectaculares, sí superaban en eficacia a los métodos tradicionales. Otro estímulo fue una fuerte demanda comercial por el cultivo de lino y cáñamo, demanda que luego decayó.<sup>29</sup> Y, si creemos a Hammick, el sistema de enfiteusis también contribuyó al crecimiento de la población, al permitir a los colonos la prolífica división y subdivisión de sus terrenos.<sup>30</sup>

Hacia 1880, otro factor mucho más decisivo vino a favorecer poderosamente el desarrollo y enriquecimiento, no sólo del Soto de Roma sino de gran parte de la Vega de Granada: el descubrimiento de que la remolacha de azúcar se podía criar con gran facilidad en aquellos suelos.<sup>31</sup>

La revolución azucarera —luego estimulada por la pérdida de Cuba en 1898, que acabó con la importación de azúcar de caña bara-

to— cambió en poco tiempo la faz de la Vega y la economía de la región. Fue un auténtico *boom* que hizo la rápida fortuna de muchos terratenientes y colonos, y atrajo a numerosos inmigrantes a los pueblos vegeros. Otro cultivo recién estrenado que propició asimismo tal desarrollo fue el del tabaco.

Entre los nuevos ricos de Fuente Vaqueros, a quienes la providencia les había brindado el acceso al bienestar, figuraba Federico García Rodríguez, padre de nuestro poeta. Y cuando Federico García Lorca nació en Fuente Vaqueros, en 1898, el pueblo estaba ya en plena expansión económica, y corría por el aire del Soto de Roma un optimismo jamás conocido por aquellos pagos.

José Mora Guarnido, granadino contemporáneo de García Lorca y amigo suyo, ha descrito en un importante libro sobre el poeta la transformación sufrida por la Vega a raíz de la nueva y lucrativa industria azucarera:

Para dar acceso a los nuevos cultivos, hubo que arrasar las huertas de frutales —de mucho menor rendimiento, anota la sabia estadística—; se talaron los bosquecillos de manzanos, naranjos, limoneros, perales, cerezos, durazneros, almendros, acerolos, almeses... Los almendros —¡ay los almendros!, habría lamentado el rey poeta de Sevilla, Motámid— que hasta entonces tuvieron la misión de anunciar a la primavera poniéndose de acuerdo para vestir en el mismo día su túnica de florecillas rosadas, se vieron desterrados a las laderas de los montes circundantes, en donde siguen fieles a su cometido de heraldos de la bella estación. Hasta las hortalizas padecieron fuerte persecución, obligadas a refugiarse, por necesidad, en los ejidos de los pueblos. Y no es necesario hablar de los jardines; toda la Vega, más que campo de labranza y riqueza, era jardín de contemplación y recreo, donde hasta las lechugas —cenicientas del agro— se cultivaban entre cercos de lirios y violetas.<sup>32</sup>

Pero, a pesar de tanto ultraje y de los malolientes residuos de las zafras otoñales, la Vega no perdió entonces toda su belleza, y tampoco la perdería después, ni con la llegada del automóvil, ni con la construcción, hace unos años y no lejos de Fuente Vaqueros, de un aeropuerto. La Vega sigue siendo uno de los parajes más bellos e insólitos de España.

## La familia del poeta

El bisabuelo paterno de Federico García Lorca, Antonio García Vargas, era natural y vecino de Fuente Vaqueros, hijo de Manuel García y Antonia de Vargas que, probablemente, procedían de Santa Fe.<sup>32 bis</sup> En 1831 se había casado el bisabuelo Antonio, en la iglesia parroquial de La Fuente —así se suele denominar familiarmente el pueblo—, con Josefa Paula Rodríguez Cantos, también natural y vecina del lugar, hija de Lucas Rodríguez y Ana María Cantos.<sup>33</sup>

A diferencia de la gran mayoría de los habitantes del Soto de Roma, Antonio García Vargas sabía leer y escribir. Durante muchos años ejerció de secretario del Ayuntamiento de Fuente Vaqueros, cargo que casi se convertiría en dinástico al pasar luego a su hijo mayor y después a otros miembros de la familia.<sup>34</sup> Su esposa era célebre por su belleza, y sería recordada años después por sus descendientes como «la abuela rubia», alusión a su pelo.<sup>35</sup> Según tradición de la familia del poeta, Josefa Paula era de raza gitana,<sup>36</sup> circunstancia no confirmada documentalmente. Más probable, tal vez, es que la tatarabuela Antonia de Vargas lo fuera, puesto que el apellido Vargas es frecuente entre ellos. Es difícil imaginar, de todas maneras, que la sospecha de tener sangre calé en las venas, aunque diluida, no influyera en la imaginación del futuro autor del *Romancero gitano*. Sea como fuera, Federico no pudo conocer a «la abuela rubia», pues ésta murió en 1892, a los ochenta y seis años.<sup>37</sup>

Los García tenían una inusual aptitud musical, que heredaría el poeta. El bisabuelo Antonio cantaba y era buen guitarrista, y enseñó a tocar el instrumento a sus hijos. «Por lo visto se divertía en hacer *florituras* e ilustraciones con la guitarra —refiere Francisco García Lorca, hermano del poeta, en su libro *Federico y su mundo*— dificultando el canto de los nietos, y se ha perpetuado en la memoria de mis tías la frase malhumorada de mi padre niño, que decía al abuelo: “Toca llano y no puntees...”»<sup>38</sup>

Un hermano de Antonio García, Juan de Dios, algo excéntrico, tocaba el violín y, como aquél, tenía un oído musical finísimo.<sup>39</sup>

Antonio García Vargas y Josefa Rodríguez Cantos trajeron al mundo cuatro hijos de indudable personalidad: Enrique, Federico, Narciso y Baldomero.

Enrique García Rodríguez (1834-1892), abuelo del poeta, nació, por razones que desconocemos, en el pueblo de Ventas de Huelma, a

unos dieciséis kilómetros al sur de Fuente Vaqueros.<sup>40</sup> Heredó de su padre el cargo de secretario de La Fuente. Fue el único de los cuatro hermanos en fundar un hogar y, a diferencia de los otros tres, tenía fama de ser hombre prudente. Ninguno de ellos cursó estudios, pero su padre les transmitió, además de una auténtica afición por la música, el gusto por la lectura.<sup>41</sup>

El abuelo Enrique era, a la vez, liberal en política y ferviente católico, siendo presidente de la Cofradía de las Ánimas de Fuente Vaqueros, culto muy popular en toda Andalucía y tal vez, como apunta Francisco García Lorca, «el más arraigado en las entrañas del pueblo».<sup>42</sup>

Pero si al abuelo Enrique se le tenía en Fuente Vaqueros por «hombre de consejo», no se podía decir lo mismo —ya lo hemos insinuado— de sus hermanos.

Federico, el mayor de los cuatro, era «el más apuesto y caballeresco» de ellos.<sup>43</sup> Llegó a ser bandurrista profesional, asentándose en Málaga. Se dice que, siendo soldado en Granada, tocó ante la reina Isabel II. Y se sabe a ciencia cierta que dio conciertos en el famoso Café de Chinitas malagueño,<sup>44</sup> local evocado en una canción que García Lorca aprendió de niño de su tío Francisco García Rodríguez y que, años después, armonizó, haciéndola luego célebre en todo el mundo *La Argentinita*:

En el Café de Chinitas  
dijo Paquiro a su hermano:  
soy más valiente que tú  
más torero y más gitano.

En el Café de Chinitas  
dijo Paquiro a Frascuelo:  
soy más valiente que tú,  
más valiente y más torero.

Sacó Paquiro el reló  
y dijo de esta manera:  
este toro ha de morir  
antes de las cuatro y media.

Al dar las cuatro en la torre  
se salieron del Café,  
y era Paquiro en la calle  
un torero de cartel.<sup>45</sup>

El tío abuelo Federico volvió brevemente a Fuente Vaqueros en 1873, al proclamarse la Primera República. Estima Francisco García Lorca que la presencia de tan entrañable pariente en Málaga, «tan opuesta en su carácter a la melancólica Granada», pudo determinar en la familia del poeta un decidido afecto hacia la ciudad mediterránea, donde pasarían vacaciones y harían duraderas amistades.<sup>46</sup> El abuelo Enrique sentía hacia su hermano el bandurrista del Café de Chinitas un extraordinario cariño, por lo cual le puso Federico por nombre a su primogénito, padre del poeta, que a su vez bautizó con el mismo a su hijo mayor.<sup>47</sup> García Lorca se congratularía, cabe pensar, del nexo onomástico que le vinculaba a aquel personaje músico y bohemio.

Se ha repetido que el tío abuelo Federico murió en París, y que el padre del poeta visitó su tumba en el famoso cementerio de Père Lachaise, en 1900, durante una visita hecha a la capital francesa para asistir a la Exposición Universal.<sup>48</sup> Pero este dato, que acaso difundía el propio Lorca, no parece cierto. Sólo sabemos que el tío abuelo estaba ya muerto en 1892.<sup>49</sup>

De Narciso tenemos pocos datos. Era maestro, con talento para el dibujo, y se cuenta que iba de pueblo en pueblo enseñando a leer a la gente de la Vega.<sup>50</sup>

Baldomero, sin lugar a dudas, era el más excéntrico y bohemio de los cuatro hermanos y, en cierto modo, la oveja negra de la familia de quien los padres del poeta preferían no hablar.<sup>51</sup> Le gustaba empinar el codo y era cojo. Tenía un defecto congénito en los pies y necesitaba llevar un calzado ortopédico. Un día alguien le robó los zapatos. «La única maldición que le echo es que le vengan bien», exclamó.<sup>52</sup> Maestro de escuela ocasional, secretario, en 1892, del Ayuntamiento de Belicena (pueblo vecino a Santa Fe),<sup>53</sup> Baldomero tocaba varios instrumentos con maestría, entre ellos la guitarra y la bandurria, y, en palabras de la madre de Federico García Lorca, «cantaba como un serafín».<sup>54</sup> Entre su repertorio de cantes figuraban como especialidad suya las jaberas, variedad de flamenco. Una prima de Federico, Clotilde García Picossi, recordaba que le oyó decir una vez a un cantaor de Cádiz: «El mejor cantante de jaberas en toda Andalucía que yo he conocido es un tal Baldomero García, de Fuente Vaqueros.»<sup>55</sup>

El personaje tenía mucho de juglar, y en la Vega eran famosas las coplas, muchas veces picantes o sarcásticas, que improvisaba con extraordinaria facilidad para lanzarlas en bodas, ferias y reuniones. Una

de las que se recuerdan en la familia de Lorca refleja la reacción de un Baldomero ya algo mayor al ser abandonado por una novia suya en favor de un mozo mejor parecido que él:

Tengo una novia pura  
que Purita se llama,  
no porque fueran puras  
ni sus acciones ni sus palabras.<sup>56</sup>

La prima Clotilde recordaba también un incidente ocurrido en Fuente Vaqueros al casarse un tal Juanico Ortiz, «feo y chiquirritajo», con una coja a quien llamaban Rosario *la Capilla*. Era costumbre en La Fuente que, a los que daban las serenatas, el novio, saliendo al balcón, les echara una botella de vino o de aguardiente. Pero en este caso, al salir Juanico Ortiz, Baldomero le espetó de improviso:

Amigo Juanico Ortiz:  
una almendra de tu boda  
y una copa de aguardiente  
—bichucho recién casado—  
es lo que quiere la gente.

«Pero el Juanico Ortiz no sacó el aguardiente —sigue Clotilde—, sino que salió con una escopeta soltando perdigones, que por poco los deja tuertos.»<sup>57</sup>

Otra célebre copla del tío abuelo Baldomero iba dirigida contra un antipático guarda del duque de Wellington, y decía:

Amigo Manuel Rosón:  
guarda de los más peores;  
por eso te tiene Dios  
*bardaíto* de dolores.<sup>58</sup>

Pero Baldomero no fue sólo juglar. En 1892 publicó en Granada, en la imprenta del periódico *La Lealtad*, un tomito titulado *Siempre vivas. Pequeña colección de poesías religiosas y morales* que, según indicación de la portada, se vendía a «dos reales».<sup>59</sup>

El tono del libro está reflejado en su «Introducción», dedicada «Al Todopoderoso»:

Señor, conmigo estás, si no estuvieras  
mi humilde pluma en vano tomaría;  
si luz a mi cerebro no me dieras,  
la noche en mi cerebro reinaría;  
si en buen camino tú no me pusieras,  
nada bueno de mí nunca saldría;  
y pues yo sin tu ayuda nada soy,  
con tu ayuda, Señor, a escribir voy.

Y lo que Baldomero escribe es un canto a la bondad de Dios. En versos ingenuos y sentidos, el poeta elogia el maravilloso mundo hecho por el Todopoderoso y se lamenta de la ceguera del hombre, que se obstina en no conocer a su Creador. ¿Cómo puede ignorar la existencia de Dios, si a cada instante la Naturaleza la proclama? Baldomero se dirige «A la Primavera»:

¡Oh risueña primavera!  
Tú eres aquí en nuestro suelo  
de los encantos del cielo  
la gallarda mensajera.  
Tú nos dices por doquiera:  
«contemplad a Dios en mí;  
yo a mostraros vengo aquí  
que las riquezas que llevo  
a Dios todas se las debo  
pues de Dios las recibí».  
Primavera, yo te creo;  
yo en tu juguetona brisa  
miro de Dios la sonrisa  
y en mirarla me recreo.  
Yo la mano de Dios veo  
en tus galas y belleza;  
y ante el poder y grandeza  
del Creador Soberano,  
rechazo del mundo vano  
los placeres y riqueza.

No sabemos si *Siemprevivas* tuvo algún éxito en Granada, pero es difícil imaginarlo, a pesar de que, por aquellas fechas, la poesía religiosa gozaba de aceptación en las familias burguesas. El tomito había sido impreso a expensas de su autor, expensas que, a la hora de arre-

glar las cuentas, éste no pudo satisfacer. Según tradición de Fuente Vaqueros, Baldomero, viéndose en tal apuro, convenció a un sobrino suyo para que dirigiese una carta a la imprenta en la cual explicaba que su tío había tenido la desgracia de fallecer poco antes, recibiendo el sobrino a continuación el pésame de la empresa. Preguntado después por qué no publicaba más poemas, Baldomero solía responder que «rezaba por muerto».<sup>60</sup>

Hemos hablado hasta aquí de los hombres de la familia. También había entre los García mujeres de marcada personalidad, empezando por Isabel, la mujer del abuelo Enrique García.<sup>61</sup> Isabel Rodríguez Mazuecos (1834-1898) era liberal en política, como su marido, pero a diferencia de éste, algo anticlerical. Tenía un gran don de gentes y era adorada por su familia, hasta tal punto que, entre su descendencia y parientes, fue frecuentísimo el nombre de Isabel, lo cual dio origen a no pocos problemas de identificación.<sup>62</sup>

Isabel era hija de labradores acomodados de Fuente Vaqueros que vivían con una holgura superior a la de la mayoría de los vecinos del pueblo.<sup>63</sup> Su padre, Francisco de Paula Rodríguez, había luchado contra los carlistas y estuvo siete años encarcelado, prisionero del bando enemigo.<sup>64</sup> Federico García Lorca tenía noticias de este bisabuelo, que a sus ojos de niño revestía caracteres de héroe. En el «Prólogo» a la *suite* «En el jardín de las toronjas de luna», probablemente redactada en julio de 1923, el poeta describe sus preparativos para emprender un «corto pero dramático viaje»: viaje en busca de sí mismo y de su infancia perdida. Y escribe:

Yo, tranquilo pero melancólico, hago los últimos preparativos, embargado por sutilísimas emociones de alas y círculos concéntricos. Sobre la blanca pared del cuarto, yerta y rígida como una serpiente de museo, cuelga la espada gloriosa que llevó mi abuelo en la guerra contra el rey don Carlos de Borbón.

Piadosamente descuelgo esa espada, vestida de herrumbre amarillenta como un álamo blanco, y me la ciño recordando que tengo que sostener una gran lucha invisible antes de entrar en el jardín, lucha extática y violentísima con mi enemigo secular, el gigantesco dragón del Sentido Común.<sup>65</sup>

En *La zapatera prodigiosa*, cuya primera redacción se inicia, con toda probabilidad, en el verano de 1924, encontramos otra referencia parecida, puesta, esta vez, en boca del «Niño», que ofrece traer para la

zapatera «el espadón grande de mi abuelo, el que se fue a la guerra».<sup>66</sup> Según Francisco García Lorca, Federico conocería el arma en cuestión, entre otros recuerdos del bisabuelo Francisco, en los aposentos de su tía Matilde.<sup>67</sup>

La abuela Isabel compartía el amor de su marido a los libros, e iba con cierta frecuencia a Granada para adquirirlos. Tenía, además, un especial talento para la lectura en viva voz, gustando de leer a sus hijos poemas de Zorrilla, Espronceda y Lamartine, las *Rimas* de Bécquer y, entre los novelistas, a Dumas y, especialmente, Víctor Hugo, escritor reverenciado por ella y de quien poseía una cabeza de yeso tamaño natural.<sup>68</sup>

El amor de la abuela Isabel a Víctor Hugo se transmitió a sus hijos y nietos. Algunos años después de la muerte de Hugo, en 1885, Federico García Rodríguez, padre del poeta —aún no nacido—, compró una edición de lujo de las obras completas del gran escritor francés, encuadernada en rojo. Francisco García Lorca recordaba que, en la primera página del primer tomo de la edición perteneciente a su padre, algún familiar, no identificado, había insertado un soneto autógrafa en el cual se elogiaba exageradamente a Hugo, pero se arremetía contra la mala traducción de sus obras ofrecida en dichos tomos, debida a don Jacinto Labaila.<sup>69</sup>

El hermano del poeta ha declarado, además, que las obras de Hugo, reunidas en aquellos pesados volúmenes, fueron la primera lectura suya y acaso también de Federico.<sup>70</sup> Y es un hecho que hay numerosas referencias a Hugo en las primeras poesías y prosas de Lorca y que, al evocar con nostalgia su infancia vequera en un poema fechado en 1921, surge otra vez el recuerdo del autor de *La leyenda de los siglos*:

Mi madre leía  
un drama de Hugo.  
Los troncos ardían.  
En la negra sala  
otro Sol moría,  
como un cisne rubio,  
de melancolía...<sup>71</sup>

En su apego a la lectura, la abuela Isabel no era única en Fuente Vaqueros, pues las gentes del pueblo eran conocidas por su afición a los libros, aun cuando, en muchísimos casos, no sabían leer. Francisco García Lorca ha recordado la grata sorpresa que le ocasionó, en los

años veinte, a Fernando de los Ríos, el distinguido catedrático socialista de la Universidad de Granada, el buen conocimiento que demostraban tener los vecinos de La Fuente no sólo de los escritores políticos, sino de la literatura en general.<sup>72</sup>

¿Cómo se explicaba tal fenómeno? No sería inverosímil que algo tuviera que ver en ello el contacto con los ingleses del duque de Wellington, que hacía que los del pueblo se sintiesen distintos a los demás habitantes de la Vega, y, quizá, más abiertos al mundo. Parece ser, por otro lado, que el hecho de depender de los ingleses, de tener que pagarles un canon, aunque pequeño, en trigo, de ser, en definitiva, colonos de un duque inglés, duque por más señas ausente, creó entre ellos cierto espíritu de agudeza y rebeldía, cierta insumisión y tendencia discutidora y reivindicatoria. «Eres más exagerado que la gente de La Fuente», se solía decir en la Vega.<sup>73</sup>

Los ingleses, por su parte, tenían mala opinión de los habitantes de Fuente Vaqueros. No se fiaban de ellos. Hablaban de «la reputación dudosa del pueblo», de «agitadores izquierdistas» que operaban en él, de un «rasgo permanente de rebeldía que se reproduce de generación en generación».<sup>74</sup> «Eran siempre una gente difícil, siempre en contra de la autoridad», declaró un miembro de la familia Wellesley.<sup>75</sup> Los ingleses imputaban tales lacras al hecho de que, por lo visto, en el siglo XVIII, el rey Carlos III hubiera llevado a trabajar en el Soto a unos ex presos que habían cumplido su condena. Es decir, para los ingleses, los habitantes de La Fuente eran poco menos que descendientes de criminales.<sup>76</sup> Pero tal hipótesis histórica, en absoluto convincente, no explica la peculiar manera de ser de los del pueblo, y al aceptarla, los ingleses han evidenciado una incomprensión y una altanería tal vez características de la clase dirigente británica en su vertiente colonialista. Acaso no esté de más indicar que, en la Vega, la finca que todavía poseen los Wellesley cerca de Illora —Molino del Rey— se conoce como «el Gibraltar granadino».

Pero, explíquense como se expliquen los rasgos determinantes de la gente de Fuente Vaqueros, lo innegable es que el pueblo siempre ha gozado de renombre en la Vega como localidad abierta, alegre, liberal, izquierdista y poco religiosa. Allí la Iglesia nunca pudo cosechar grandes éxitos.

Enrique García e Isabel Rodríguez tuvieron nueve hijos: Federico (el primogénito, padre de Federico García Lorca), Francisco, Matilde, Luis, Francisca, Enrique, Eloísa, Enriqueta e Isabel.

A todos ellos Enrique García les transmitió su afición musical, y especialmente a Luis (el menor de los cuatro varones) quien, además de tocar la bandurria, la guitarra y la flauta, era excelente pianista.<sup>77</sup> «Yo recuerdo —escribe Francisco García Lorca— haber oído decir a una vecina que pasaba por la ventana de la habitación donde mi tío tocaba unas improvisaciones: “¡Qué bien toca don Luis! ¡Y lo que le cunde!”»<sup>78</sup>

Con Manuel de Falla establecería Luis después, en Granada, una buena amistad. El maestro apreciaba mucho la destreza de su amigo de Fuente Vaqueros como pianista, y admiraba especialmente su interpretación de la «jota» de las *Siete canciones españolas*, obra de Falla estrenada en Madrid en 1916.<sup>79</sup>

Pero Luis no sólo era músico. Hombre de sensibilidad exquisita, también hacía versos preciosísimos, pintaba cerámica y diseñaba el bordado de los mantos de las chicas de La Fuente.<sup>80</sup>

Cuando murió, aún joven, la mujer de Luis, éste no volvió jamás a tocar el piano, por mucho que se lo rogaran. Había aliviado con su música los últimos días de su compañera, y aquel recuerdo, para él sagrado, le impidió, hasta el fin de sus días, sentarse otra vez ante dicho instrumento.<sup>81</sup>

Isabel, hermana de Luis, «alta, esbelta, muy García»,<sup>82</sup> era mujer de extraordinaria personalidad que, hasta su muerte en 1973, conservó una vitalidad, un sentido del humor y un anecdotario que asombraban, y deleitaban, a cuantos tuvieron la suerte de conocerla. Como Luis, también tenía un notable talento musical (cantaba «con extraordinaria afinación y voz delicada»)<sup>83</sup> y fue ella quien le dio al joven Federico, que la adoraba, sus primeras clases de guitarra y canto. «A mi queridísima tita Isabel —le dedicaría un ejemplar de su primer libro, *Impresiones y paisajes*—, que me enseñó a cantar, siendo ella una maestra artística de mi niñez.»<sup>84</sup>

Francisco (*Frasquito*), hombre «de tendencia insumisa, voluntariosa y personalista»,<sup>85</sup> ayudaba a su hermano Federico en la labor, y casó con una rica heredera, Salvadora Picossi. Entre 1900 y 1902 sería alcalde de Fuente Vaqueros.<sup>86</sup>

De Matilde, Francisca y Eloísa tenemos pocas noticias, aparte de que la primera era muy bien parecida.<sup>87</sup> Enriqueta, a quien el hermano del poeta califica de «una especie de Federico en faldas»,<sup>88</sup> era mujer de extrema simpatía, con el don de gentes que caracterizaba a toda la familia.

Enrique heredó de su padre talento administrativo y, como éste, sería durante muchos años secretario del Ayuntamiento de Fuente Vaqueros. Explotaba varios terrenos del Soto de Roma, como sus hermanos, y tenía —como veremos— un excelente estilo epistolar.<sup>89</sup>

Y llegamos a Federico García Rodríguez, padre del poeta, nacido en Fuente Vaqueros en 1859 y, como hemos dicho, el mayor de los nueve hermanos. Federico sería el jefe indiscutido de la numerosa familia, con algo de patriarca bíblico. Una fotografía suya, sacada cuando tenía veinte años, revela una personalidad en la cual se combinan seriedad, sensibilidad y determinación. Los ojos oscuros y las pobladas cejas los heredaría el poeta; también la frente ancha y los labios finamente modelados.

Tanto José Mora Guarnido como Francisco García Lorca hacen hincapié en la autoridad moral que emanaba de don Federico. Para Mora era hombre «de un cabal sentido de su fuerza y de su derecho», «que conocía bien sus alcances y sus deberes, que no iba más allá, medido y sensato, liberal sin exceso, tolerante sin debilidad, servicial sin servilismo».<sup>90</sup> En opinión de su hijo Francisco, tenía «una especie de idea romana de la autoridad, de la que nunca abusaba. Su propio señorío lo había labrado el amor por los suyos».<sup>91</sup> En otro momento Francisco afirma: «No he visto a nadie que con tanta espontaneidad se inhibiese de prejuicios de clase. Con sus ojos alegres y faz campesina había en su natural campechanía un verdadero señorío.»<sup>92</sup>

La generosidad de don Federico llegaría a ser casi proverbial entre los colonos del Soto de Roma y los habitantes de los pueblos cercanos, pues siempre se mostró dispuesto a ayudar, no sólo a los suyos, sino a cualquier vecino necesitado.

Don Federico heredó la aptitud musical de su padre Enrique. Manejaba bien la guitarra, teniendo un oído muy desarrollado, y gustaba de tocar en reuniones familiares. Pero nunca cantaba.<sup>93</sup>

En 1880, cuando tenía veinte años, Federico García Rodríguez se había casado con Matilde Palacios Ríos, natural de Fuente Vaqueros y de la misma edad que su marido. El padre de Matilde, Manuel Palacios Caballero, concejal del pueblo, era un rico labrador y propietario que, además de tener en régimen de enfiteusis varios terrenos del Soto de Roma, poseía feraces tierras propias fuera del Real Sitio. Matilde era, pues, un buen partido. Los padres de la esposa levantaron para la pareja una espaciosa casa —calle de la Trinidad, número 4— y parece

ser que, a partir de su enlace con Matilde, Federico García Rodríguez empezó a trabajar con su suegro.<sup>94</sup>

Aunque todo les parecía favorecer a los recién casados, el descubrimiento de que Matilde no podía tener hijos (por razones que desconocemos) empañó su felicidad conyugal. Federico, entretanto, heredó de su padre Enrique el cargo de secretario del alcalde de Fuente Vaqueros, que ya ejercía hacia 1890. Y en 1891 —año de la muerte de su padre— también es juez municipal temporal. No cabe duda, pues, que a los treinta años Federico García Rodríguez es un hombre de peso en Fuente Vaqueros.<sup>95</sup>

El 4 de octubre de 1894, catorce años después de casarse con García Rodríguez, murió repentinamente Matilde Palacios, de «obstrucción intestinal», pasando la casa de la calle de la Trinidad con carácter vitalicio al viudo quien, además, heredó de su esposa una cantidad considerable de dinero.<sup>96</sup> Años después, al escribir *Yerma*, tragedia de la mujer del campo que no puede tener hijos, ¿pensaría Federico García Lorca en Matilde Palacios? Lo cierto es que en una ocasión declararía el poeta: «Mi padre se casó viudo con mi madre. Mi infancia es la obsesión de unos cubiertos de plata y de unos retratos de aquella otra “que pudo ser mi madre”, Matilde de Palacios.»<sup>97</sup> Sin duda reflexionaría también sobre el hecho de que, de no haber muerto la desafortunada Matilde, él no habría nacido.

Federico García Rodríguez era hombre de negocios nato, con una excelente cabeza para las cifras. A la muerte de su esposa, y con dinero en el bolsillo, vio la conveniencia de coger el toro por los cuernos y comprar terrenos. Había que aprovechar el momento. Así fue como, en 1895, adquirió una serie de fincas y cortijadas en los alrededores de Fuente Vaqueros.<sup>97 bis</sup>

Entre estos terrenos figuraba el que sería la fundación de su riqueza, Daimuz Bajo, sito a poca distancia de la confluencia del Genil y del Cubillas, no lejos de Fuente Vaqueros pero fuera ya del Soto de Roma.

La extensa finca de Daimuz —el nombre significa en árabe «Alquería de la Cueva»— había pertenecido, a partir de la Reconquista, a un almirante de la Marina de los Reyes Católicos<sup>98</sup> y luego, durante siglos, a una familia granadina aristocrática, y comprendía abundantes tierras de regadío, secano laborable y, bordeando el Cubillas, grandes choperas de esas que caracterizan el Soto de Roma.

Don Federico compró Daimuz pensando no sólo en su propio pro-

vecho sino en el de sus numerosos hermanos, entre quienes repartiría parcelas de aquellas feraces tierras, reunidas, todas ellas, bajo un lindero.<sup>99</sup>

Entre los otros terrenos adquiridos en 1895 se hallaban tres cortijadas pertenecientes a Francisco Narváez, hijo del general que, en 1844, venció a Espartero y fue presidente del Consejo.<sup>100</sup>

Estas inversiones, y otras posteriores, hicieron la fortuna de don Federico —eran ya los tiempos de la prosperidad azucarera—, quien no tardó en convertirse en el rico del pueblo.

Es probable que, antes de morir se Matilde Palacios, don Federico conociera ya a quien habría de ser su segunda mujer, Vicenta Lorca Romero, natural de Granada y profesora de instrucción primaria de Fuente Vaqueros a partir de 1892 o 1893.<sup>101</sup> Poco sabemos del noviazgo. Se casaron el 27 de agosto de 1897 en la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Anunciación de Fuente Vaqueros.<sup>102</sup> Él tenía entonces treinta y siete años. Ella, veintiséis.<sup>103</sup> El enlace no fue visto con buenos ojos, según parece, por los hermanos del marido, pues Vicenta no aportaba capital al matrimonio y Federico era ya rico. «¿Por qué has ido a fijarte en una maestra —le dirían—, cuando tú le puedes quitar la novia a un príncipe?»<sup>104</sup>

El nuevo matrimonio se instaló en la casa de la calle de la Trinidad, donde Federico viviera con Matilde Palacios, propietaria de la misma, y allí se quedaría hasta el año 1902 o 1903,<sup>105</sup> cuando la familia se mudó a otro domicilio más amplio, en la cercana calle de la Iglesia, número 2, comprado por el padre del poeta en 1895 y hoy desaparecido.<sup>106</sup>

La familia de Vicenta Lorca Romero no era ni tan numerosa, ni tan polifacética y original, como la de su marido. Ella era hija única, sin hermanos, de Vicente Lorca González, natural de Granada, y María de la Concepción Romero Lucena, de Santa Fe,<sup>107</sup> y desde su nacimiento había vivido en la capital provincial. Vicenta era, pues, granadina de Granada y no de la Vega.

Bernardo Lorca Alcón (1802-1883), padre de Vicente Lorca González, era natural de Totana, en la provincia de Murcia, e hijo de Pedro de Lorca e Isabel Alcón, naturales y vecinos ambos de la misma localidad así como los abuelos paternos de Bernardo, Pedro de Lorca y Ginesa Madrid, y los maternos, Lázaro Alcón y María de Cánovas.<sup>108</sup>

No sabemos cuándo Bernardo Lorca Alcón se trasladó desde Totana a Granada, donde se casó con Antonia Josefa González, nacida en

esta ciudad en 1816.<sup>109</sup> Tanto ella como sus padres, Antonio González y Vicenta Martín, habían sido bautizados en la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias, templo donde se venera la famosa imagen de la Virgen que, desde 1889, es patrona de Granada.<sup>110</sup>

Por tanto, si en las venas de Vicente Lorca González corría, por el lado de su padre, sangre de Totana, la que recibió de su madre era netamente granadina.

Según la partida de bautismo de María del Carmen Lorca González, hermana mayor de Vicente, fechada el 14 de agosto de 1840, su padre Bernardo Lorca Alcón ejercía en Granada como «trabajador de campo», categoría que, al contrario de la de «labrador», indica que no poseía tierras propias.<sup>111</sup>

Acaso habría que señalar aquí que el apellido Lorca podría indicar que aquella familia fuera de abolengo judío. Lorca, importante población murciana vecina de Totana, tenía antiguamente una densa colonia hebrea y, como se sabe, era corriente que los judíos conversos, temiendo ser perseguidos por la Inquisición, cambiasen su apellido por el del lugar del que procedían, en la esperanza de lograr encubrir su origen semita. No podemos poner en duda, de todos modos, que el poeta sería perfectamente consciente de llevar un apellido que le vinculaba con una población murciana muy identificada con el pasado judío de su país.<sup>112</sup>

Vicente Lorca González tenía otros tres hermanos: Antonio, nacido en 1845; Antonia, en 1847; y el último, cuyo nombre desconocemos, en 1851.<sup>113</sup>

Es probable que Vicente, como su padre, fuera «trabajador de campo», aunque no conocemos ningún documento que lo atestigüe. Hacia 1869 se casó con María de la Concepción Romero Lucena, y murió de erisipela el 13 de junio de 1870, a los veintisiete años, mes y medio antes de nacer su hija Vicenta.<sup>114</sup> Así pues, la madre de Federico García Lorca no conoció a su padre.

María de la Concepción había nacido, al igual que su malhadado marido Vicente, en 1843. Era natural de Santa Fe, como queda dicho, así como sus padres Melchor Romero Fernández y Concepción Lucena García y sus cuatro abuelos. Su padre, como su marido, era, según un documento de 1840, «de ejercicio del campo».<sup>115</sup> Se trataba, pues, de una familia humilde, sin tierras propias pero ligada a las faenas agrícolas de la Vega de Granada.

Vicenta Lorca Romero, futura madre del gran poeta, nació a las

diez menos cuarto de la noche del 25 de julio de 1870, festividad de Santiago, en la casa número uno de la granadina calle de Solarillo de Santo Domingo, enclavada en el corazón del barrio artesanal y tabernero del Realejo. Calle pequeñísima, recoleta, situada a dos pasos del Cuarto Real de Santo Domingo, antes Palacio de Almanjarra, propiedad de las reinas moras de Granada.<sup>116</sup>

La niña fue bautizada Vicenta Jacoba María de la Concepción Carmen de la Santa Trinidad —nada menos— el 30 de julio de 1870, en la iglesia parroquial de Santa Escolástica.<sup>117</sup>

Poco tiempo después la familia se instaló con unos parientes en el cercano Callejón de las Campanas, número 11, detrás del mencionado Cuarto Real de Santo Domingo. Era una bonita casa con jardín que después pertenecería a Luis Seco de Lucena y Escalada, fundador y propietario de *El Defensor de Granada*.<sup>118</sup> La calle sería rebautizada, pasando el tiempo y en honor del hermano Francisco de aquel aguerrido periodista y hombre de acción, «Paco Seco de Lucena» y luego, sencillamente, «Seco de Lucena».

Detrás de la casa, que todavía existe (con el número 17), se levanta el convento de las Comendadoras de Santiago, construido en el siglo XVI sobre los restos de un palacio árabe donde, según la tradición, viviera Aixa, madre de Boabdil, último rey de Granada. Junto al convento había nacido fray Luis de Granada, autor de *Introducción al símbolo de la fe*, cuyo amor por las cosas pequeñas sería interpretado por García Lorca como cualidad específicamente granadina.<sup>119</sup>

De acuerdo con un padrón de 1880, y por motivos que desconocemos, Vicenta y su madre estaban de vuelta aquel año en la calle de Solarillo de Santo Domingo, donde vivían con el abuelo Bernardo.<sup>120</sup> Luego, en 1881, se trasladaron a la calle de Tundidores, número 5, cerca de la catedral, casa que, a su vez, tuvieron que abandonar en 1882.<sup>121</sup> Todo indica que la familia pasaba entonces por una situación económica apurada.

Tras la muerte, en 1883, de Bernardo Lorca Alcón, Vicenta, que entonces tenía trece años, aparece empadronada como interna en el Colegio de Calderón, sito en la calle de Recogidas, número 20.<sup>122</sup> Este establecimiento había sido fundado poco tiempo antes por don Carlos Calderón para la educación de niñas pobres,<sup>123</sup> lo cual confirma que la familia se encontraba entonces en circunstancias angustiosas.

Los años pasados en aquel colegio produjeron en Vicenta una fuerte reacción contra la vida conventual. Era entonces de salud deli-

cada, y jamás olvidaría que, en una ocasión, las monjas, en su mayoría francesas, la forzaron a comer lentejas, plato que detestaba. Como resultado de tales tratos, nunca insistiría en que sus hijos comiesen cualquier cosa que no fuera de su gusto.<sup>124</sup>

Vicenta les contaría a éstos otros momentos desagradables pasados entre las monjas: nunca habría creído, decía, la cantidad de envidia y de malas lenguas que pudiesen albergar los muros conventuales.<sup>125</sup> Años después su hija Concha ingresaría en el mismo colegio y tendría que enfrentarse con problemas parecidos. García Lorca recogería algo de la experiencia de ambas mujeres a manos de las monjas en *Los sueños de mi prima Aurelia*, su última (e incompleta) obra de teatro. «Cuando yo estaba en el colegio de las madres calderonas —recuerda Aurelia— siempre me decía sor Timotea: “Si eres fina ganarás tu porvenir” ... en el colegio teníamos las camas dos a dos, ¿no ha visto usted esos salones grandes que tienen arriba una cruz? ¡Ay el miedo que me daba a mí la cruz!»<sup>126</sup>

Doña Vicenta sería católica sincera y practicante toda su vida, pero nunca beata, y siempre mantuvo intacto su terror a los conventos. Es posible que esta actitud influyera en Federico, que, en su primer libro, *Impresiones y paisajes*, publicado en 1918, arremetería contra lo que consideraba la futilidad de la vida enclaustrada de ciertas órdenes religiosas.

Vicenta Lorca estuvo en el Colegio de Calderón hasta los dieciocho años. Pasó entonces a estudiar la carrera de maestra, figurando su nombre en el libro de matrículas del curso 1888-1889 de la Escuela Superior Normal de Maestras de Granada. Fue una alumna aventajada y aplicada, y terminó aquel primer curso con «sobresaliente» en Doctrina Cristiana, Práctica de Lectura, Práctica de Escritura, Lengua Castellana, Elementos de Aritmética, Dibujo Aplicado a Labores y Nociones de Geometría, y «notable» en Labores de Punto y Costura y Nociones de Geografía.<sup>127</sup>

Al terminar el segundo curso, recibió, con la nota de «sobresaliente», el título de maestra de primera enseñanza elemental —el diploma lleva la fecha del 27 de junio de 1890— y, el 4 de junio de 1892, se expidió su título definitivo.<sup>128</sup>

Poco tiempo después, Vicenta fue nombrada profesora de instrucción primaria en Fuente Vaqueros, llevando al pueblo a vivir con ella a su madre, Concepción Romero Lucena, que moriría allí pasados escasos meses, el 2 de octubre de 1893, a los cincuenta años.<sup>129</sup> Aquella

muerte fue un duro golpe para la joven maestra. «Después de tanta lucha, de tantos esfuerzos, saco el título —le diría más de veinte años más tarde a una de sus sobrinas— y ¿qué pasa? Pues mi madre va y se muere.»<sup>130</sup>

### **El niño mandón**

El 27 de agosto de 1897, como hemos dicho, cuatro años después de perder a su madre, Vicenta Lorca se casaba con Federico García Rodríguez.

La vida, por fin, le sonreía. Y el 5 de junio de 1898, en plena guerra de Cuba, daría a luz a su primer hijo, el futuro poeta, que, el 11 del mismo mes, en la iglesia parroquial de Fuente Vaqueros, fue bautizado Federico del Sagrado Corazón de Jesús.

La partida de nacimiento dice así:

En Fuente Vaqueros a seis de Junio de mil ochocientos noventa y ocho ante don Francisco González Hernández Juez municipal y de mí el secretario compareció D. Federico García Rodríguez desta naturaleza y vecindad, casado, labrador y propietario mayor de edad, solicitando la inscripción en el Registro civil de un niño que nació ayer a las doce de la noche y declara — Que es su hijo legítimo y de su esposa Doña Vicenta Lorca Romero, natural de Granada, de esta vecindad mayor de edad. — Que es nieto por la línea paterna de D. Enrique García Rodríguez natural de Ventas de Huelma y Doña Isabel Rodríguez Mazuecos de esta naturaleza difuntos. — Y por línea materna, de don Vicente Lorca González natural de Granada y Doña Concepción Romero Lucena, de Santafé, difuntos. — Y que dicho niño se ha de llamar Federico — Fueron testigos don José Peña González y don Luis García Rodríguez, de esta vecindad, mayores de edad. — Leída este acta se estampa en ella el sello del juzgado y la firma del señor juez, testigos y declarante de que certifico — El Juez: Ml. González — el declarante: F. García. Testigos: José Peña — Luis Palacios — Enrique García, secretario.<sup>131</sup>

Y la de bautismo:

En la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de la Anunciación de Fuente Vaqueros, en el Soto de Roma, Arzobispado y provincia de Granada en once de Junio de mil ochocientos noventa y ocho yo Don